



SALA STAMPA DELLA SANTA SEDE **BOLLETTINO**

HOLY SEE PRESS OFFICE BUREAU DE PRESSE DU SAINT-SIÈGE PRESSEAMT DES HEILIGEN STUHLS
OFICINA DE PRENSA DE LA SANTA SEDE SALA DE IMPRENSA DA SANTA SÉ
BIURO PRASOWE STOLICY APOSTOLSKIEJ دار الصحافة التابعة للكرسي الرسولي

N. 0908

Venerdì 22.11.2019

Sommario:

◆ **#ViaggioApostolico di Sua Santità Francesco in Thailandia e Giappone (19-26 novembre 2019) – Incontro con i Vescovi della Thailandia e della FABC nella Chiesa del Santuario del Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung e incontro privato con i Membri della Compagnia di Gesù della Thailandia**

◆ **#ViaggioApostolico di Sua Santità Francesco in Thailandia e Giappone (19-26 novembre 2019) – Incontro con i Vescovi della Thailandia e della FABC nella Chiesa del Santuario del Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung e incontro privato con i Membri della Compagnia di Gesù della Thailandia**

Incontro con i Vescovi della Thailandia e della FABC nella Chiesa del Santuario del Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung e incontro privato con i Membri della Compagnia di Gesù della Thailandia

Discorso del Santo Padre

Traduzione in lingua italiana

Traduzione in lingua francese

Traduzione in lingua inglese

Traduzione in lingua tedesca

Traduzione in lingua portoghese

Traduzione in lingua polaccaTraduzione in lingua araba

Questa mattina, alle ore 11.00 locali (5.00 ora di Roma), il Santo Padre Francesco ha incontrato i Vescovi della Conferenza Episcopale della Thailandia e della Federazione delle Conferenze Episcopali Asiatiche (FABC) nel Santuario del Beato Nicolas Bunkerd Kitbamrung nel Villaggio cattolico di Wat Roman a Tha Kham.

Al Suo arrivo nella Chiesa del Santuario, il Papa ha raggiunto il podio insieme al Presidente della Conferenza Episcopale Thailandese, Em.mo Card. Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij, Arcivescovo di Bangkok, e al Presidente della FABC, Em.mo Card. Charles Bo, S.D.B., Arcivescovo di Yangon (Myanmar).

Dopo il breve saluto del Presidente della Conferenza Episcopale Thailandese, Papa Francesco ha pronunciato il Suo discorso.

Al termine, dopo il saluto dei Vescovi e la foto di gruppo, il Santo Padre si è recato nella vicina sala conferenze del Santuario dove ha incontrato in forma privata i Membri della Compagnia di Gesù della Thailandia. Quindi è rientrato in auto alla Nunziatura Apostolica di Bangkok.

Pubblichiamo di seguito il discorso che il Papa ha pronunciato nel corso dell'incontro con i Vescovi della Thailandia e della Federazione delle Conferenze Episcopali Asiatiche:

Discorso del Santo Padre

Agradezco a Su Eminencia, el Cardenal Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij, sus amables palabras de introducción y bienvenida. Estoy feliz de poder estar con ustedes y compartir, aunque sea de manera breve, las alegrías y esperanzas, sus iniciativas y sueños, y también los desafíos que enfrentan como pastores del santo pueblo fiel de Dios. Gracias por vuestra fraternal bienvenida.

Nuestro encuentro de hoy tiene lugar en el Santuario del Beato Nicolás Bunkerd Kitbamrung, que dedicó su vida a la evangelización y la catequesis, formando discípulos del Señor, principalmente aquí en Tailandia, también en parte de Vietnam y a lo largo de la frontera con Laos, y coronó su testimonio de Cristo con el martirio. Pongamos este encuentro bajo su mirada para que su ejemplo impulse en nosotros un gran celo por la evangelización en todas las Iglesias locales de Asia y podamos ser, cada vez más, discípulos misioneros del Señor; así su Buena Noticia pueda ser derramada como bálsamo y perfume en este bello y gran continente.

Sé que está planificando para el 2020 la Asamblea General de la Federación de Conferencias de los Obispos de Asia, en el cincuentenario de su fundación. Una buena ocasión para volver a visitar estos "santuarios" donde se custodian las raíces misioneras que marcaron estas tierras y dejarse impulsar por el Espíritu Santo desde las huellas del primer amor, lo cual permitirá abrirse con coraje, con parresia a un futuro que deben gestar, crear, a fin de que tanto la Iglesia como la sociedad en Asia se beneficien de un impulso evangélico compartido y renovado. Enamorados de Cristo, capaces de enamorar y compartir ese mismo amor.

Ustedes viven en medio de un continente multicultural y multirreligioso, de gran belleza ,prosperidad, pero probado al mismo tiempo por una pobreza y explotación extendida a varios niveles. Los rápidos avances tecnológicos pueden abrir inmensas posibilidades que faciliten la vida, pero pueden dar lugar a un creciente consumismo y materialismo, especialmente entre los jóvenes. Ustedes cargan sobre sus hombros las preocupaciones de sus pueblos, al ver el flagelo de las drogas y el tráfico de personas, la necesidad de atender un gran número de migrantes y refugiados, las malas condiciones de trabajo, la explotación laboral experimentada por muchos, así como la desigualdad económica y social que existe entre los ricos y pobres.

En medio de estas tensiones está el pastor luchando e intercediendo con su pueblo y por su pueblo; por eso creo que la memoria de los primeros misioneros que nos precedieron con coraje, con alegría y con una

resistencia única, permitirá medir y evaluar nuestro presente y nuestra misión desde una perspectiva mucho más amplia, mucho más transformadora. Esta memoria nos libra, en primer lugar, de creer que los tiempos pasados fueron siempre más favorables o mejores para el anuncio, y nos ayuda a no refugiarnos en pensamientos y discusiones estériles que terminan por centrarnos y encerrarnos en nosotros mismos, paralizando todo tipo de acción. «Aprendamos de los santos que nos han precedido y enfrentaron las dificultades propias de su época» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 263), y permitamos ser despojados de todo aquello que se nos “pegó” durante el camino, y que vuelve más pesado todo el andar. Somos conscientes de que hay estructuras y mentalidades eclesiales que pueden llegar a condicionar negativamente un dinamismo evangelizador; igualmente las buenas estructuras sirven cuando hay una vida que las anima, las sostiene y las juzga; porque en definitiva sin vida nueva y espíritu evangélico, sin “fidelidad de la Iglesia a la propia vocación”, cualquier estructura nueva se corrompe en poco tiempo (cf. *ibíd.*, 26), y puede dificultar a nuestro corazón el importante ministerio de la oración y la intercesión. Esto nos puede ayudar, a veces, a movernos ante los entusiasmos indiscretos de metodologías con éxito aparente pero con poca vida.

Mirando el camino misionero en estas tierras, una de las primeras enseñanzas recibidas nace de la confianza en saber que es precisamente el Espíritu Santo el primero en adelantarse y convocar: El Espíritu Santo “primerea” a la Iglesia invitándola a alcanzar todos esos puntos nodales, donde se gestan los nuevos relatos y paradigmas, alcanzar con la Palabra de Jesús los núcleos más profundos del alma de nuestras ciudades y culturas (cf. *ibíd.*, 74). No olvidemos que el Espíritu Santo llega antes que el misionero y permanece con él. El impulso del Espíritu Santo sostuvo y motivó a los Apóstoles y a tantos misioneros a no descartar ninguna tierra, pueblo, cultura o situación. No buscaron un terreno con “garantías de éxito”; al contrario, su “garantía” residía en la certeza que ninguna persona y cultura estaba de antemano incapacitada para recibir la semilla de vida, de felicidad y especialmente de la amistad que el Señor le quiere regalar. No esperaron que una cultura fuera afín o sintonizara fácilmente con el Evangelio; por el contrario, se zambulleron en esas realidades nuevas, convencidos de la belleza de la que eran portadores. Toda vida vale a los ojos del Maestro. Ellos eran audaces, valientes, porque sabían principalmente que el Evangelio es un don para ser derramado en todos y para todos: derramado a toda la gente, a los doctores de la ley, pecadores, publicanos, prostitutas, todos los pecadores de ayer como los de hoy. Me gusta señalar que la misión, antes que las actividades para realizar o proyectos para implementar, requiere una mirada y un olfato a cultivar; requiere una preocupación paternal y maternal porque la oveja se pierde cuando el pastor la da por perdida, nunca antes. Hace tres meses me visitó un misionero francés, que trabaja desde hace casi cuarenta años en el norte de Tailandia, entre las tribus, y vino con un grupo de unas 20/25 personas. Todos padres y madres de familia, jóvenes, 25 años, no más, a los cuales él había bautizado, primera generación, y ahora bautizaba a sus hijos. Uno puede pensar: perdiste la vida con 50 personas, con 100 personas. Esa fue su semilla, y Dios lo consuela haciéndole bautizar a los hijos de quienes él bautizó por primera vez. Simplemente esos tribales del norte de Tailandia los vivió como riqueza para evangelizar. No dio por perdida esa oveja, la asumió.

Uno de los puntos más hermosos de la evangelización es hacernos cargo de que la misión confiada a la Iglesia no reside sólo en la proclamación del Evangelio, sino también en aprender a creerle al Evangelio. Cuantos hay que proclaman, proclamamos, a veces, en momentos de tentación, el Evangelio y no le creemos al Evangelio. Aprender a creerle al Evangelio, a dejarse tomar y transformar por él. Consiste en vivir y en caminar a la luz de la Palabra que tenemos que proclamar. Nos hará bien recordar al gran Pablo VI: «Evangelizadora, la Iglesia comienza por evangelizarse a sí misma. Comunidad de creyentes, comunidad de esperanza vivida y comunicada, comunidad de amor fraterno, tiene necesidad de escuchar sin cesar lo que debe creer, las razones para esperar, el mandamiento nuevo del amor» (Exhort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 15). Así la Iglesia entra en la dinámica discipular de conversión-anuncio, purificada por su Señor, se transforma en testigo por vocación. Una Iglesia en camino, sin miedo a bajar a la calle y confrontarse con la vida misma de las personas que le fueron confiadas, es capaz de abrirse humildemente al Señor y con el Señor vivir el asombro, el estupor, de la aventura misionera, sin esa necesidad consciente o inconsciente de querer aparecer ella en primer lugar, ocupando o pretendiendo vaya a saber qué lugar de preeminencia. ¡Cuánto debemos aprender de ustedes, que en tantos de vuestros países o regiones son minorías, y a veces minorías ignoradas, obstaculizadas o perseguidas, y no por eso se dejan llevar o contaminar por el síndrome de inferioridad o la queja de no sentirse reconocidos! Van adelante, anuncian, siembran, rezan y esperan. Y no pierden la alegría.

Hermanos: «Unidos a Jesús, busquemos lo que Él busca, amemos lo que Él ama» (Exhort. ap. *Evangelii*

gaudium, 267), y no tengamos miedo de hacer de sus prioridades nuestras prioridades. Ustedes saben muy bien lo que es una Iglesia pequeña en personas y en recursos, pero ardiente y con ganas de ser instrumento vivo del compromiso del Señor con todas las personas de vuestros pueblos y ciudades (cf. Conc. Vat. II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1). Vuestro compromiso por llevar adelante esa fecundidad evangélica anunciando el kerygma con obras y con palabras en los diferentes ámbitos donde los cristianos se encuentran, es un testimonio contundente.

Una Iglesia misionera sabe que su mejor palabra es dejarse transformar por la Palabra que da Vida, haciendo del servicio su nota definitiva. No somos nosotros quienes disponemos de la misión, y menos nuestras estrategias. Es el Espíritu el verdadero protagonista que a nosotros, pecadores perdonados, nos impulsa y nos envía continuamente a compartir este tesoro en vasijas de barro (cf. 2 Co 4,7); transformados por el Espíritu para transformar cada rincón donde nos toque estar. El martirio de la entrega cotidiana y tantas veces silenciosa dará los frutos que vuestros pueblos necesitan.

Esta realidad nos impulsa a desarrollar una espiritualidad muy particular. El pastor es una persona que, en primer lugar, *ama entrañablemente a su pueblo*, conoce su idiosincrasia, conoce sus debilidades y fortalezas. La misión es ciertamente amor por Jesucristo, pero al mismo tiempo es una pasión por su pueblo. Cuando nos detenemos ante Jesús crucificado, reconocemos todo ese amor que nos devuelve la dignidad y nos sostiene, y precisamente allí mismo, si no somos ciegos, empezamos a percibir que esa mirada de Jesús se amplía y se dirige llena de cariño y de ardor hacia todo su pueblo (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 268).

Recordemos que nosotros también somos parte de este pueblo; no somos los patrones, somos parte del pueblo; fuimos elegidos como servidores, no como dueños o amos y esto significa que debemos acompañar a quienes servimos con paciencia, con amabilidad, escuchándolos, respetando su dignidad, impulsando y valorando siempre sus iniciativas apostólicas. No perdamos de vista que muchas de vuestras tierras fueron evangelizadas por laicos. No clericalicemos la misión, por favor. Y mucho menos clericalicemos los laicos. Ellos laicos tuvieron la posibilidad de hablar el dialecto de su gente, ejercicio simple y directo de inculturación no teórica ni ideológica, sino fruto del ardor por compartir a Cristo. El santo Pueblo fiel de Dios posee la unción del Santo que estamos llamados a reconocer, a valorar y expandir. No perdamos esta gracia de ver a Dios actuando en medio de su pueblo, como lo hizo antes, lo hace ahora y lo seguirá haciendo. Me viene una imagen, que no estaba en el programa pero...: el pequeño Samuel que se despertaba de noche. Dios respetó al viejo sacerdote, débil de carácter, le dejaba hacer, pero no le habló. Le habló a un muchacho, a uno del pueblo.

De manera particular los invito a que tengan siempre abierta la puerta para sus sacerdotes. La puerta y el corazón. No olvidemos que el prójimo más prójimo del obispo es el sacerdote. Estén cerca de ellos, escúchenlos, busquen acompañarlos en todas las situaciones que ellos enfrenten, especialmente cuando los vean desanimados o apáticos, que es la peor de las tentaciones del demonio. La apatía, el desánimo. y esto háganlo no como jueces sino como padres, no como gerentes que se sirven de ellos, sino como auténticos hermanos mayores. Creen un clima donde exista la confianza para un diálogo sincero, un diálogo abierto, buscando y pidiendo la gracia de tener la misma paciencia que el Señor tiene con cada uno de nosotros, ¡y que es tanta, que es tanta!

Queridos hermanos: Sé que son múltiples los interrogantes que deben enfrentar en el seno de sus comunidades, tanto a diario como pensando en el porvenir. Nunca perdamos de vista que en ese futuro, tantas veces incierto como cuestionador, es precisamente el Señor mismo quien viene con la fuerza de la Resurrección transformando cada llaga, cada herida, en fuente de vida. Miremos el mañana con la certeza de que no estamos solos, de que no caminamos solos, de que no vamos solos, Él nos espera ahí invitándonos a reconocerlo principalmente en el partir el pan.

Supliquémos la intercesión del beato Nicolás y de tantos santos misioneros, para que nuestros pueblos sean renovados con esa misma unción.

Puesto que están hoy aquí numerosos Obispos de Asia, aprovecho la ocasión para extender la bendición y mi cariño a todas vuestras comunidades y, de modo especial, a los enfermos y a todos aquellos que estén

pasando por momentos de dificultad. Que el Señor los bendiga, cuide y los acompañe siempre. Y a ustedes, que los lleve de su mano; y ustedes déjense llevar de la mano del Señor, no busquen otras manos.

Y, por favor, no se olviden de rezar y hacer rezar por mí, porque todo lo que les dije a ustedes me lo tengo que decir a mí mismo también.

Muchas gracias.

[01851-ES.02] [Texto original: Español]

Traduzione in lingua italiana

Sono grato a Sua Eminenza, il Cardinale Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij, per le sue gentili parole di introduzione e di benvenuto. Sono contento di poter stare con voi e di condividere, anche se brevemente, le gioie e speranze, le vostre iniziative e i vostri sogni, come pure le sfide che affrontate in quanto pastori del santo popolo fedele di Dio. Grazie per la vostra fraterna accoglienza.

Il nostro incontro di oggi ha luogo nel Santuario del Beato Nicolás Bunkerd Kitbamrung, che ha dedicato la sua vita all'evangelizzazione e alla catechesi, formando discepoli del Signore, soprattutto qui in Tailandia, come anche in parte del Vietnam e lungo la frontiera con il Laos, e coronò la sua testimonianza a Cristo con il martirio. Mettiamo questo incontro sotto il suo sguardo, perché il suo esempio stimoli in noi un grande zelo per l'evangelizzazione in tutte le Chiese locali dell'Asia e possiamo essere, sempre più, discepoli missionari del Signore; così la sua Buona Novella potrà essere sparsa come balsamo e profumo in questo magnifico e grande continente.

So che è in programma per il 2020 l'Assemblea Generale della Federazione delle Conferenze Episcopali dell'Asia, nel cinquantenario della sua fondazione. Una buona occasione per tornare a visitare quei "santuari" dove si custodiscono le radici missionarie che hanno segnato queste terre e per lasciarsi sospingere dallo Spirito Santo sulle orme del primo amore; e questo permetterà di aprirsi con coraggio, con parresia a un futuro che siete chiamati a generare e attuare, affinché tanto la Chiesa quanto la società in Asia beneficino di un impulso evangelico condiviso e rinnovato. Innamorati di Cristo, capaci di far innamorare e di condividere questo stesso amore.

Voi vivete in un continente multiculturale e multireligioso, di grande bellezza e prosperità, ma provato al tempo stesso da povertà e sfruttamento estesi a vari livelli. I rapidi progressi tecnologici possono aprire immense possibilità per facilitare la vita, ma possono anche dare luogo a un crescente consumismo e materialismo, specialmente tra i giovani. Voi portate sulle vostre spalle le preoccupazioni della vostra gente, di fronte al flagello delle droghe e al traffico di persone, alla necessità di occuparsi di un gran numero di migranti e rifugiati, alle cattive condizioni di lavoro, allo sfruttamento del lavoro subito da molti, come pure alla disuguaglianza economica e sociale che esiste tra i ricchi e i poveri.

In mezzo a queste tensioni si trova il pastore, lottando e intercedendo con il suo popolo e per il suo popolo. Perciò credo che la memoria dei primi missionari che ci hanno preceduto con coraggio, con gioia e con una resistenza straordinaria, permetterà di misurare e di valutare il nostro presente e la nostra missione da una prospettiva molto più ampia, molto più innovativa. Questa memoria ci libera, in primo luogo, dal credere che i tempi passati fossero sempre più favorevoli o migliori per l'annuncio, e ci aiuta a non rifugiarsi in pensieri e discussioni sterili che finiscono col centrarci e rinchiuderci in noi stessi, paralizzando ogni tipo di azione. «Impariamo piuttosto dai santi che ci hanno preceduto ed hanno affrontato le difficoltà proprie della loro epoca» (Esort. ap. *Evangelii gaudium*, 263) e lasciamoci spogliare di tutto ciò che ci si è "attaccato addosso" lungo la strada e che rende più pesante il cammino. Siamo consapevoli che ci sono strutture e mentalità ecclesiali che possono arrivare a condizionare negativamente un dinamismo evangelizzatore; ugualmente, le buone strutture servono quando c'è una vita che le anima, le sostiene e le giudica. Perché in definitiva senza vita nuova e autentico spirito evangelico, senza fedeltà della Chiesa alla propria vocazione, qualsiasi nuova struttura si corrompe in poco tempo» (cfr *ibid.*, 26) e può rendere difficile al nostro cuore l'importante ministero della

preghiera e dell'intercessione. Questo ci può aiutare, a volte, a regolarci davanti agli entusiasmi imprudenti di metodi che hanno un successo apparente ma poca vita.

Osservando il cammino missionario in queste terre, uno dei primi insegnamenti ricevuti nasce dalla fiducia di sapere che è proprio lo Spirito Santo il primo ad andare avanti e a chiamare: lo Spirito Santo precede la Chiesa invitandola a raggiungere tutti quei punti nodali, dove si formano i nuovi racconti e paradigmi, raggiungere con la Parola di Gesù i nuclei più profondi dell'anima delle nostre città (cfr *ibid.*, 74) e culture. Non dimentichiamo che lo Spirito Santo arriva prima del missionario e rimane con lui. L'impulso dello Spirito Santo ha sostenuto e motivato gli Apostoli e tanti missionari a non scartare alcuna terra, popolo, cultura o situazione. Non hanno cercato un terreno con garanzie di successo; al contrario, la loro "garanzia" consisteva nella certezza che nessuna persona e cultura fosse a priori incapace di ricevere il seme di vita, di felicità e specialmente dell'amicizia che il Signore desidera donarle. Non hanno aspettato che una cultura fosse affine o si sintonizzasse facilmente con il Vangelo; al contrario, si sono tuffati in quelle realtà nuove, convinti della bellezza di cui erano portatori. Ogni vita vale agli occhi del Maestro. Erano audaci, coraggiosi, perché sapevano prima di tutto che il Vangelo è un dono da seminare in tutti e per tutti, da spargere tra tutti: dottori della legge, peccatori, pubblicani, prostitute, tutti i peccatori di ieri come di oggi. Mi piace evidenziare che la missione, prima che le attività da realizzare o progetti da porre in atto, richiede uno sguardo e un "fiuto" da educare; richiede una preoccupazione paterna e materna, perché la pecora si perde quando il pastore la dà per persa, mai prima. Tre mesi fa, ho ricevuto la visita di un missionario francese che lavora da quasi 40 anni nel nord della Thailandia, tra le tribù. È venuto con un gruppo di 20-25 persone, tutti padri e madri di famiglia, giovani, non più di 25 anni; lui stesso li aveva battezzati, la prima generazione, e ora battezzava i loro figli. Uno potrebbe pensare: hai perso la vita per 50, 100 persone. Questa è stata la sua semina, e Dio lo consola facendogli battezzare i figli di quelli che ha battezzato per primi. Semplicemente, quegli indigeni del nord della Thailandia lui li ha vissuti come una ricchezza per l'evangelizzazione. Non ha dato per persa quella pecora, se n'è fatto carico.

Uno dei punti più belli dell'evangelizzazione è renderci conto che la missione affidata alla Chiesa non consiste solo nella proclamazione del Vangelo, ma anche nell'imparare a credere al Vangelo. Quanti proclamano, proclamiamo, a volte, in momenti di tentazione, il Vangelo, e non ci crediamo al Vangelo! Imparare a credere al Vangelo, a lasciarsi trasformare da esso. Consiste nel vivere e camminare alla luce della Parola che dobbiamo proclamare. Ci farà bene ricordare il grande Paolo VI: «Evangelizzatrice, la Chiesa comincia con l'evangelizzare se stessa. Comunità di credenti, comunità di speranza vissuta e partecipata, comunità d'amore fraterno, essa ha bisogno di ascoltare di continuo ciò che deve credere, le ragioni della sua speranza, il comandamento nuovo dell'amore» (Esort. ap. *Evangelii nuntiandi*, 15). Così la Chiesa entra nella dinamica del discepolato di conversione-annuncio; purificata dal suo Signore, si trasforma in testimone per vocazione. Una Chiesa in cammino, senza paura di scendere in strada e confrontarsi con la vita delle persone che le sono state affidate, è capace di aprirsi umilmente al Signore e con il Signore vivere lo stupore, la meraviglia dell'avventura missionaria, senza la necessità consapevole o inconsapevole di voler apparire anzitutto lei stessa, occupando o pretendendo chissà quale posto di preminenza. Quanto dobbiamo imparare da voi, che in tanti dei vostri Paesi o regioni siete minoranze, e a volte minoranze ignorate, ostacolate o perseguitate, e non per questo vi lasciate trascinare o contaminare dal complesso di inferiorità o dal lamento di non sentirsi riconosciuti! Andate avanti: annunciate, seminate, pregate e aspettate. E non perdetevi la gioia!

Fratelli, «uniti a Gesù, cerchiamo quello che Lui cerca, amiamo quello che Lui ama» (Esort. ap. *Evangelii gaudium*, 267), e non temiamo di fare delle sue priorità le nostre priorità. Voi sapete molto bene che cos'è una Chiesa piccola in persone e mezzi, ma ardente e con la voglia di essere strumento vivo della promessa del Signore verso tutte le persone dei vostri villaggi e delle vostre città (cfr Conc. Vat. II, Cost. dogm. *Lumen gentium*, 1). Il vostro impegno a portare avanti la fecondità evangelica, annunciando il kerigma con le opere e con le parole nei diversi ambiti dove i cristiani si trovano, è una testimonianza che lascia il segno.

Una Chiesa missionaria sa che la sua miglior parola è il lasciarsi trasformare dalla Parola di Vita, facendo del servizio la sua nota distintiva. Non siamo noi a disporre della missione, e tanto meno le nostre strategie. È lo Spirito il vero protagonista, che continuamente spinge e invia noi, peccatori perdonati, a condividere questo tesoro in vasi di creta (cfr *2Cor* 4,7); trasformati dallo Spirito per trasformare ogni angolo dove ci capita di essere. Il martirio della dedizione quotidiana e tante volte silenziosa darà i frutti di cui i vostri popoli hanno bisogno.

Questa realtà ci incoraggia a sviluppare una spiritualità molto particolare. Il pastore è una persona che, innanzitutto, *ama visceralmente il suo popolo*, conosce le sue intolleranze, le sue fragilità e i suoi punti di forza. La missione è certamente amore per Cristo, ma al tempo stesso è una passione per il suo popolo. Quando ci soffermiamo davanti a Gesù crocifisso, riconosciamo tutto l'amore che ci restituisce la dignità e ci sostiene, e proprio lì, se non siamo ciechi, iniziamo a percepire che quello sguardo di Gesù si allarga e si rivolge pieno di affetto e di ardore verso tutto il suo popolo (cfr Esort. ap. *Evangelii gaudium*, 268).

Ricordiamo che anche noi siamo parte di questo popolo; non siamo i padroni, siamo parte del popolo; siamo stati scelti come servitori, non come padroni o signori. Questo significa che dobbiamo affiancare coloro che serviamo con pazienza e amabilità, ascoltandoli, rispettando la loro dignità, incoraggiando e valorizzando sempre le loro iniziative apostoliche. Non perdiamo di vista il fatto che molte delle vostre terre sono state evangelizzate da laici. Non clericalizziamo la missione, per favore; e tanto meno clericalizziamo i laici. Questi laici hanno avuto la possibilità di parlare il dialetto della gente, esercizio semplice e diretto di inculturazione non teorica né ideologica, ma frutto della passione del condividere Cristo. Il santo Popolo fedele di Dio possiede l'unzione del Santo che siamo chiamati a riconoscere, ad apprezzare e diffondere. Non perdiamo questa grazia di vedere Dio che agisce in mezzo al suo popolo: come lo ha fatto prima, lo fa ancora e continuerà a farlo. Mi viene in mente un'immagine che non era nel programma, ma...: il piccolo Samuele che si svegliava di notte. Dio ha rispettato l'anziano sacerdote, debole di carattere, lo lasciava fare, però non gli parlava. Ha parlato a un ragazzo, a uno del popolo.

In modo particolare vi invito a tenere sempre la porta aperta ai vostri sacerdoti. La porta e il cuore. Non dimentichiamo che il prossimo più prossimo del vescovo è il sacerdote. State loro vicino, ascoltateli, cercate di sostenerli in tutte le situazioni che affrontano, specialmente quando li vedete scoraggiati o apatici, che è la peggiore delle tentazioni del demonio. L'apatia, lo scoraggiamento. E questo fatelo non come giudici, ma come padri, non come gestori che si servono di loro, ma come autentici fratelli maggiori. Create un clima di fiducia che favorisca un dialogo sincero, un dialogo aperto, cercando e chiedendo la grazia di avere la medesima pazienza che il Signore ha con ognuno di noi, e che è davvero tanta, è tanta!

Cari fratelli, so che sono molteplici gli interrogativi che dovete affrontare in seno alle vostre comunità, sia nel quotidiano sia pensando al futuro. Non perdiamo mai di vista che in quel futuro, tante volte incerto quanto problematico, è proprio il Signore stesso che viene con la forza della Risurrezione trasformando ogni piaga, ogni ferita in fonte di vita. Guardiamo al domani con la certezza che non siamo soli, che non camminiamo da soli, non andiamo da soli, Lui ci aspetta invitandoci a riconoscerlo soprattutto nello spezzare il pane.

Imploriamo l'intercessione del Beato Nicolas e di tanti santi missionari, perché i nostri popoli siano rinnovati con la stessa unzione.

Dato che oggi siete qui numerosi Vescovi dell'Asia, approfitto dell'opportunità per estendere la benedizione e il mio affetto a tutte le vostre comunità, in modo particolare ai malati e a tutti coloro che stanno vivendo momenti di difficoltà. Che il Signore vi benedica, vi protegga e vi accompagni sempre. E a voi, che vi prenda per mano; e che voi vi lasciate guidare dalla mano del Signore e non cerchiate altre mani.

E, per favore, non dimenticatevi di pregare e far pregare per me, perché tutto quello che ho detto a voi lo devo dire anche a me stesso. Grazie!

[01851-IT.02] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua francese

Je remercie Son Éminence le Cardinal Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij pour ses paroles d'introduction et de bienvenue. Je suis heureux de pouvoir être parmi vous et de partager, même si c'est brièvement, vos joies et vos espérances, vos initiatives et vos rêves, et aussi les défis que vous affrontez en tant que pasteurs du saint peuple fidèle de Dieu. Merci pour votre accueil fraternel!

Notre rencontre de ce jour a lieu au Sanctuaire du bienheureux Nicolas Bunkerd Kitbamrung, qui a consacré sa vie à l'évangélisation et à la catéchèse, en formant des disciples du Seigneur, surtout ici en Thaïlande, mais également dans une partie du Vietnam et le long de la frontière avec le Laos. Et il a couronné son témoignage au Christ par le martyre. Plaçons cette rencontre sous son regard pour que son exemple suscite en nous un grand zèle pour l'évangélisation dans toutes les Églises locales en Asie et que nous puissions être chaque jour davantage disciples-missionnaires du Seigneur; ainsi sa Bonne Nouvelle pourra se répandre comme un baume et un parfum dans ce beau et grand continent.

Je sais que vous programmez pour l'année 2020 l'Assemblée générale de la Fédération des Conférences des Évêques d'Asie, pour le cinquantenaire de sa création. C'est une bonne occasion pour revisiter ces "sanctuaires" où sont gardées les racines missionnaires qui ont marqué ces terres et pour se laisser pousser par l'Esprit Saint à partir des traces du premier amour. Cela vous permettra de vous ouvrir avec courage, sans réserve à un avenir que vous devez concevoir et créer, afin qu'aussi bien l'Église que la société en Asie tirent bénéfice d'une impulsion évangélique partagée et renouvelée. Passionnés du Christ, capables de communiquer et de partager ce même amour.

Vous vivez dans un continent multiculturel et multireligieux, d'une grande beauté, prospère, mais éprouvé en même temps par une pauvreté et une exploitation à plusieurs niveaux. Les progrès technologiques rapides peuvent offrir d'immenses possibilités facilitant la vie, mais ils peuvent donner lieu à un consumérisme et à un matérialisme grandissants, surtout dans les rangs des jeunes. Vous portez sur vos épaules les préoccupations de vos peuples en voyant le fléau des drogues et la traite des personnes, le besoin d'assister un grand nombre de migrants et de réfugiés, les mauvaises conditions de travail et l'exploitation au travail vécue par beaucoup ainsi que les inégalités économiques et sociales entre les riches et les pauvres.

Au milieu de ces tensions, il y a le pasteur qui lutte et intercède avec son peuple et pour son peuple; c'est pourquoi je crois que la mémoire des premiers missionnaires qui nous ont précédés avec courage, joie et avec une résistance hors pair, permettra de mesurer et d'évaluer notre présent et notre mission dans une perspective beaucoup plus ample et beaucoup plus capable de transformer. Cette mémoire nous préserve, en premier lieu, de croire que les temps passés ont toujours été plus favorables ou meilleurs pour l'annonce, et elle nous aide à ne pas nous réfugier dans des pensées et des discussions stériles qui finissent par nous conduire à nous centrer et à nous replier sur nous-mêmes en paralysent tout genre d'action. «Apprenons plutôt des saints qui nous ont précédés et qui ont affronté les difficultés propres à leur époque» (Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, n. 263), et laissons-nous dépouiller de tout ce qui s'est "collé" à nous en route et qui rend plus pénible toute notre marche. Nous sommes conscients qu'il y a des structures et des mentalités ecclésiales qui peuvent même conditionner négativement le dynamisme évangélisateur; de même, les bonnes structures sont utiles quand une vie les anime, les soutient et les guide. Car, en définitive, sans une vie nouvelle et un authentique esprit évangélique, sans la "fidélité de l'Église à sa propre vocation", toute nouvelle structure se corrompt en peu de temps (cf. *Ibid.*, n. 26), et peut rendre malaisé pour notre cœur l'important ministère de la prière et de l'intercession. Cela peut nous aider parfois à nous orienter face aux enthousiasmes indiscrets de méthodologies qui ont apparemment du succès mais sont peu viables.

Jetant un regard sur le parcours missionnaire dans ce pays, l'une des premières leçons qu'on retient provient de la conscience que c'est précisément l'Esprit Saint qui est le premier à intervenir et à convoquer: l'Esprit Saint "précède" l'Église en l'invitant à aller jusqu'à tous ces points névralgiques où se forment les nouveaux récits et paradigmes, à atteindre avec la Parole de Jésus ce qui est central dans la profondeur de l'âme de nos villes et de nos cultures (cf. *Ibid.*, n. 74). N'oublions pas que l'Esprit Saint devance le missionnaire et reste avec lui. L'élan de l'Esprit Saint a soutenu et motivé les Apôtres ainsi que tant de missionnaires à n'écarter aucun pays, peuple, culture ni aucune situation. Ils n'ont pas cherché un terrain avec "des garanties de succès"; au contraire, leur "garantie" résidait dans la certitude que personne, ni aucune culture, n'était a priori incapable de recevoir la semence de vie, de bonheur et surtout d'amitié que le Seigneur veut lui accorder. Ils n'ont pas attendu qu'une culture soit compatible ou s'accorde facilement avec l'Évangile; au contraire, ils se sont plongés dans ces nouvelles réalités, convaincus de la beauté qu'elles recelaient. Toute vie vaut aux yeux du Maître. Ils étaient audacieux, courageux, parce qu'ils savaient en particulier que l'Évangile est un don à répandre en tous et pour tous: à répandre pour tout le monde, pour les docteurs de la loi, les pécheurs, les publicains, les prostituées, tous les pécheurs d'hier comme ceux d'aujourd'hui. J'aime faire remarquer que la mission, avant de

consister en des activités à réaliser ou en des projets à mettre en œuvre, requiert un regard et un flair à cultiver; elle demande une sollicitude paternelle et maternelle, parce que la brebis se perd lorsque le pasteur la considère comme perdue, jamais avant. Il y a trois mois, un missionnaire français m'a rendu visite. Il travaille depuis presque quarante ans au nord de la Thaïlande, parmi les tribus, et il est venu avec un groupe de 20 à 25 personnes. Tous des pères et des mères de famille, des jeunes de 25 ans tout au plus, qu'il avait baptisés; c'est la première génération et maintenant il baptise leurs enfants. On peut penser: tu as perdu ta vie à t'occuper de 50 ou 100 personnes. C'était la première semence et Dieu l'a consolé en lui accordant de baptiser les enfants de ceux qu'il avait baptisés au début. Pour lui, ces tribus du nord de la Thaïlande sont simplement une richesse à évangéliser. Il n'a pas considéré cette brebis comme perdue; il l'a prise en charge.

L'un des plus beaux aspects de l'évangélisation, c'est de nous rendre compte que la mission confiée à l'Église ne réside pas uniquement dans la proclamation de l'Évangile, mais consiste aussi à apprendre à y croire. Que de gens le proclament! Nous proclamons parfois, dans les moments de tentation, l'Évangile et nous n'y croyons pas. Apprendre à croire dans l'Évangile, à se laisser prendre et transformer par lui! Elle consiste à vivre et à marcher à la lumière de la Parole que nous devons proclamer. Cela nous fera du bien de nous souvenir du grand Paul VI: «Évangélisatrice, l'Église commence par s'évangéliser elle-même. Communauté de croyants, communauté de l'espérance vécue et communiquée, communauté d'amour fraternel, elle a besoin d'écouter sans cesse ce qu'elle doit croire, ses raisons d'espérer, le commandement nouveau de l'amour» (Exhort. ap. Evangelii nuntiandi, n. 15). Ainsi, l'Église entre dans la dynamique de conversion-annonce propre au disciple; purifiée par son Seigneur, elle devient témoin par vocation. Une Église en chemin, sans peur de descendre dans la rue et de se confronter avec la vie concrète des personnes qui lui ont été confiées, est capable de s'ouvrir humblement au Seigneur et de vivre avec lui l'émerveillement, la surprise de l'aventure missionnaire, sans sentir consciemment ou inconsciemment ce besoin de vouloir être aux premières loges, en occupant ou en prétendant à on ne sait quelle place de prééminence. Comme nous devons apprendre de vous la leçon que dans beaucoup de vos pays ou régions vous constituez des minorités, parfois des minorités ignorées, rejetées ou persécutées, sans pour autant vous laisser guider ou contaminer par le syndrome d'infériorité ou vous plaindre de ne pas vous sentir reconnus! Vous allez de l'avant, vous annoncez, vous semez, vous priez et vous espérez. Et vous ne perdez pas la joie.

Chers frères, «unis à Jésus, cherchons ce qu'il cherche, aimons ce qu'il aime» (Exhort. ap. Evangelii gaudium, n. 267) et n'ayons pas peur de faire de ses priorités les nôtres. Vous savez très bien ce qu'est une Église petite s'agissant des personnes et des ressources, mais dynamique et désireuse d'être un instrument vivant de l'engagement du Seigneur envers toutes les personnes de vos peuples et contrées (cf. Conc. Vatican II, Const. dogm. Lumen gentium, n. 1). Votre engagement à promouvoir cette fécondité évangélique en annonçant le kérygme par des œuvres et des paroles dans les différents domaines où se trouvent les chrétiens est un témoignage convaincant.

Une Église missionnaire sait que sa meilleure parole, c'est de se laisser transformer par la Parole qui donne Vie, en faisant du service son dernier mot. Ce n'est pas nous qui organisons la mission, encore moins nos stratégies. L'Esprit est le vrai protagoniste qui nous pousse, nous pécheurs pardonnés, et qui nous envoie inlassablement partager ce trésor dans des vases d'argile (cf. 2 Co 4, 7); transformés par l'Esprit pour transformer chaque endroit où nous nous trouvons. Le martyr du don de soi quotidien et ce, bien souvent dans le silence, portera les fruits dont vos peuples ont besoin.

Cette réalité nous pousse à développer une spiritualité bien particulière. Le pasteur est une personne qui, en premier lieu, aime profondément son peuple, connaît son identité, ses faiblesses et ses forces. La mission, c'est certes l'amour de Jésus Christ, mais c'est en même temps une passion pour son peuple. En fixant le regard sur Jésus Christ, nous reconnaissons tout cet amour qui nous restitue la dignité et nous soutient, et précisément là-même, si nous ne sommes pas aveugles, nous commençons à percevoir que ce regard de Jésus Christ s'élargit et se dirige, rempli d'affection et d'ardeur, vers tout son peuple (cf. Exhort. ap. Evangelii gaudium, n. 268).

Souvenons-nous que nous aussi, nous faisons partie de ce peuple; nous ne sommes pas les patrons, nous faisons partie du peuple; nous avons été choisis comme des serviteurs, et non comme des patrons ou des maîtres. Cela signifie que nous devons accompagner ceux que nous servons avec patience, avec douceur, en les écoutant, en respectant leur dignité, en encourageant et en valorisant toujours leurs initiatives apostoliques.

Ne perdons pas de vue que beaucoup de vos pays ont été évangélisés par des laïcs. Ne cléricisons pas la mission, s'il vous plaît! Encore moins, ne cléricisons pas les laïcs! Eux les laïcs, ils ont eu la possibilité de parler le dialecte de leur peuple, un exercice simple et direct d'inculturation qui n'est ni théorique ni idéologique, mais qui est plutôt le fruit de la passion d'annoncer le Christ. Le saint peuple fidèle de Dieu possède l'onction du Saint que nous sommes appelés à reconnaître, à valoriser et répandre. Ne perdons pas cette grâce de voir Dieu agir au milieu de son peuple, comme il l'a fait autrefois, le fait actuellement et continuera de le faire. Une image me vient à l'esprit, qui ne faisait pas partie du programme mais...: le petit Samuel qui se réveillait la nuit. Dieu a respecté le vieux prêtre, faible de caractère, il le laissait faire, mais il ne lui a pas parlé. Il a parlé à un petit garçon, à un peuple.

Je vous invite à titre particulier à toujours garder la porte ouverte à vos prêtres. La porte et le cœur! N'oublions pas que le prochain le plus proche de l'Évêque, c'est le prêtre. Soyez proches d'eux, écoutez-les, cherchez à les accompagner dans toutes les situations qu'ils affrontent, surtout quand vous les voyez découragés ou abattus, ce qui est la pire des tentations du diable. L'apathie, le découragement! Et cela, faites-le non pas comme des juges mais comme des pères, non pas comme des gérants qui se servent d'eux, mais comme de vrais frères aînés. Créez un climat de confiance pour un dialogue sincère, un dialogue ouvert, en cherchant et en demandant la grâce d'avoir la même patience que le Seigneur a envers chacun d'entre nous. Et quelle est grande, qu'elle est grande!

Chers frères, je sais que les questions que vous devez affronter dans vos communautés sont multiples, aussi bien pour chaque jour que concernant l'avenir. Ne perdons pas de vue que dans cet avenir souvent incertain et chargé d'interrogations, c'est précisément le Seigneur lui-même qui vient avec la force de la Résurrection en transformant chaque plaie, chaque blessure, en source de vie. Regardons demain avec la certitude que nous ne sommes pas seuls, que nous ne cheminons pas seuls, que nous ne marchons pas seuls, qu'il nous attend en nous invitant à le reconnaître surtout dans le partage du pain!

Demandons l'intercession du bienheureux Nicolas et de tant de saints missionnaires, pour que nos peuples soient renouvelés par cette même onction!

Étant donné que se trouvent ici aujourd'hui de nombreux Évêques d'Asie, je saisis l'occasion pour étendre la bénédiction et mon affection à toutes vos communautés et, spécialement, aux personnes malades et à tous celles qui sont en train de passer par des moments d'épreuve. Que le Seigneur les bénisse, les protège et les accompagne toujours! Et vous, qu'il vous tienne par la main; et vous, laissez-vous tenir par la main du Seigneur, ne cherchez pas d'autres mains!

Et s'il vous plaît, n'oubliez pas de prier et de faire prier pour moi, car tout ce que je vous ai dit, je dois me le dire à moi-même!

Merci beaucoup!

[01852-FR.02] [Texte original: Espagnol]

Traduzione in lingua inglese

I thank His Eminence Cardinal Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij for his kind words of introduction and welcome. I am happy to be with you and to share, even briefly, your joys and hopes, your projects and dreams, but also the challenges that you face as pastors of God's holy and faithful people. Thank you for your fraternal welcome.

Our meeting today takes place at the Shrine of Blessed Nicholas Bunkerd Kitbamrung, who devoted his life to evangelization and catechesis, forming disciples of the Lord, primarily here in Thailand but also in part of Vietnam and along the border with Laos, and who crowned his witness to Christ with martyrdom. Let us place our meeting under his watchful gaze, so that his example may inspire us with a great zeal for evangelization in

all the local Churches of Asia, so that we may increasingly become missionary disciples of the Lord, enabling his Good News to spread like a fragrant balm throughout this great and beautiful continent.

I realize that you are making plans for the 2020 General Assembly of the Federation of Asian Bishops' Conferences, which will mark the fiftieth anniversary of its foundation. This is a fitting occasion to revisit those "shrines" where the missionary roots that left their mark on these lands are preserved, to be guided by the Holy Spirit in the footsteps of our first love, and to welcome with courage, with *parrhesia*, a future that you yourselves must help develop and create. In this way, both the Church and society in Asia will benefit from a renewed and shared evangelical outreach. In love with Christ and capable of bringing others to share in that same love.

You are living in the midst of a multicultural and multi-religious continent, with great beauty and prosperity, but troubled at the same time by poverty and exploitation at various levels. Rapid technological advancements can open up immense possibilities that make life easier, but can result in the growth of consumerism and materialism, especially among young people. You have taken upon yourselves the concerns of your people: the scourge of drugs and human trafficking, the care of great numbers of migrants and refugees, poor working conditions and the exploitation experienced by many labourers, as well as economic and social inequality between rich and poor.

In the midst of these tensions stands the pastor who struggles and intercedes with his people and for his people. The memory of the first missionaries who preceded us with courage, joy and extraordinary stamina can help us take stock of our present situation and mission from a much broader, much more transformative perspective. In the first place, that memory frees us from the belief that times past were always more favorable or better for the proclamation of the Gospel. It also helps us to avoid taking refuge in fruitless discussions and ways of thinking that end up making us turn in on ourselves, paralyzing any kind of action. "Let us learn from the saints who have gone before us, who confronted the difficulties of their own day" (*Evangelii Gaudium*, 263). Let us cast aside everything that has "stuck" to us along the way and that makes it harder for us to press forward. We know that some ecclesial structures and mentalities can hamper efforts at evangelization. Yet even good structures are only helpful when there is a life constantly driving, sustaining and assessing them. Ultimately, without new life and an evangelical spirit, without "the Church's fidelity to her own calling", any new structure will soon prove ineffective (cf. *ibid.*, 26) and detract from our important ministry of fervent prayer and intercession. Sometimes this can help to give us perspective when dealing with enthusiastic though unwise methodologies that appear to be successful, but offer little by way of life.

As we contemplate missionary progress in these lands, one of the first lessons we learn is to be confident in the knowledge that it is the Holy Spirit himself who goes before us and gathers us together. The Holy Spirit is the first to invite the Church to go forth to all those places where new narratives and paradigms are being formed, bringing the word of Jesus to the inmost soul of our cities and cultures (cf. *Evangelii Gaudium*, 74). Let us not forget that the Holy Spirit arrives in advance of missionaries and remains with them. The power of the Holy Spirit sustained and motivated the Apostles and countless missionaries not to discount any land, people, culture or situation. They did not look for places of "guaranteed success"; on the contrary, their "guarantee" lay in the certainty that no person or culture was *a priori* incapable of receiving the seed of life, happiness, and above all friendship, that the Lord wants to sow in them. They did not expect a foreign culture to receive the Gospel easily; rather, they plunged into these new realities, convinced of the beauty of which they were bearers. All life has value in the eyes of the Master. They were bold and courageous because they knew that in the first place the Gospel is a gift to be shared with and for everyone: shared among all people, the doctors of the law, sinners, tax collectors, prostitutes. With and for all sinners, then as now. I like to observe that the mission, even prior to things to be done or projects to be implemented, demands the cultivation of a gaze and a sense of smell. The mission calls for a paternal and maternal concern, because the sheep is only lost when the shepherd gives it up for lost, and not before. Three months ago, I received a visit from a French missionary who has been working for forty years in the north of Thailand, among the tribes. He came with a group of twenty or twenty-five people, all mothers and fathers, young people, not more than twenty-five years old. He himself had baptized them, the first generation, and now he was baptizing their children. One could think: you have given your life for fifty or a hundred people. But that was the seed, and God is giving him the consolation of baptizing the children of those he first baptized. Simply put, he experienced those indigenous people from the north of Thailand as a source of wealth for evangelizing. He did not give up on that sheep; he took it in charge.

One of the most splendid aspects of evangelization is our realization that the mission entrusted to the Church does not lie only in the proclamation of the Gospel but also in learning to believe the Gospel. How many there are who proclaim – at times we proclaim, in moments of temptation – the Gospel, but we do not believe the Gospel, do not let ourselves be laid hold of and transformed by it. This means living and walking in the light of the word of God that we are charged to proclaim. We do well to remember the words of Saint Paul VI: “The Church is an evangelizer, but she begins by being evangelized herself. She is the community of believers, the community of hope lived and communicated, the community of brotherly love, and she needs to listen unceasingly to what she must believe, to her reasons for hoping, to the new commandment of love” (*Evangelii Nuntiandi*, 15). In this way, the Church enters into the dynamic of conversion-proclamation demanded of each disciple. Purified by the Lord, she becomes a witness by vocation. A Church that goes forth, unafraid to take to the streets and come face to face with the lives of the people entrusted to her care, is a Church able to be open in humility to the Lord. With the Lord, she can experience the wonder, the amazement, of the missionary adventure without the need, conscious or unconscious, to be in first place, to seek or occupy any possible place of preeminence. How much we can learn from you, who are a minority in many of your countries or regions, and sometimes are overlooked or impeded or persecuted minorities, yet have not let yourselves be carried away or corrupted by an inferiority complex or the complaint that you are not given due recognition! Go forwards: proclaim, sow, pray and wait. And you will not lose your joy!

Dear brothers, “in union with Jesus, we seek what he seeks and we love what he loves” (*Evangelii Gaudium*, 267). Let us not be afraid to make his priorities our own. You are well aware that yours is a Church small in numbers and resources, but full of zeal and eager to be a living instrument of the Lord's loving concern for all the people of your towns and cities (cf. *Lumen Gentium*, 1). Your commitment to advance that evangelical fruitfulness by proclaiming the kerygma with deeds and words in the various areas where Christians are present is a striking form of witness.

A missionary Church knows that its best message is its readiness to be transformed by the word of life, making service its hallmark. We are not the ones in charge of the mission, and even less our plans and strategies. The Holy Spirit is the true protagonist who propels us, as sinners who have been forgiven; he constantly sends us forth to share this treasure in earthen vessels (cf. *2 Cor 4:7*). We have been transformed by the Spirit in order to transform wherever we are placed. The martyrdom of a daily and often silent commitment will bear the fruits your people need.

This motivates us to develop a specific spirituality. The pastor is a person who, in the first place, *loves his people deeply* and knows their idiosyncrasies, weaknesses and strengths. Mission is at once a passion for Jesus Christ and a passion for his people. When we stand before the crucified Jesus, we see the depth of his love that exalts and sustains us, but at the same time, unless we are blind, we begin to realize that Jesus' gaze, burning with love, expands to embrace all his people (cf. *Evangelii Gaudium*, 268).

Let us remember that we too are part of this people; we are not masters, we are part of the people; we were chosen to be servants, not masters or managers. This means we are to accompany those whom we serve with patience and kindness, listening to them, respecting their dignity, always promoting and valuing their apostolic initiatives. Let us not lose sight of the fact that many of your lands were evangelized by the lay faithful. Let us not clericalize our mission, please, and no less should we clericalize the laity. These laypeople were able to speak the dialect of their people, a simple and direct exercise of inculturation, neither theoretical nor ideological, but the fruit of their zeal to share Christ. The holy and faithful People of God possesses the anointing of the Holy Spirit, which we are called to recognize, esteem and expand. Let us never lose the grace of seeing God working in the midst of his people, as he did in the past, as he is doing now and as he will continue to do. An image comes to mind which was not in our programme, but...: the young Samuel who woke up at night. God respected the elderly priest, whose character was weak, he let him carry on, but he did not speak to him. He spoke to a boy, one of the people.

In a particular way, I encourage you always to keep your door open for your priests. The door and the heart. May we always remember that the closest neighbor of the bishop is the priest. Be close to your priests, listen to them and seek to accompany them in every situation, especially when you see that they are discouraged or apathetic, which is the worst of the devil's temptations. Apathy, despondency. Do so not as judges but as fathers, not as

managers who deploy them, but as true elder brothers. Create a climate of trust for honest dialogue, an open dialogue; seek and implore the grace to show the same patience with them that the Lord, whose patience is so very great, has shown to each of us, and it is a great deal, a great deal.

Dear brothers, I know that there are many issues you must confront within your communities, both daily and as you look to the future. May we never lose sight of the fact that in that often uncertain future, it is the Lord himself who comes with the power of the resurrection to transform every wound into a fountain of life. Let us look to the future in the certainty that we are not alone, we do not journey alone; the Lord is there, waiting for us, and inviting us to recognize him above all in the breaking of the bread.

Let us beg the intercession of Blessed Nicholas and that of all the many missionary saints, so that our people may be renewed with that same anointing.

Given the presence here of many Bishops from Asia, I take this opportunity to extend my blessing and affection to all your communities and, in a special way, to the sick and to all who are experiencing moments of difficulty. May the Lord bless, care for, and accompany you always. And you, may he take you by the hand; and may you let yourselves be taken by the Lord's hand, and do not seek out other hands.

And please, do not forget to pray for me and to ask your communities to do the same, because everything I have said to you I need to say to myself as well.

Thank you very much.

[01852-EN.02] [Original text: Spanish]

Traduzione in lingua tedesca

Ich danke Seiner Eminenz Kardinal Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij für seine freundlichen Worte zur Einführung und Begrüßung. Ich freue mich, mit euch zusammen zu sein und, wenn auch nur kurz, die Freuden und Hoffnungen, eure Initiativen und Träume und auch die Herausforderungen, denen ihr als Hirten des heiligen und treuen Volkes Gottes gegenübersteht, zu teilen. Ich danke euch für euren brüderlichen Empfang.

Unser heutiges Treffen findet im Heiligtum des seligen Nicholas Bunkerd Kitbamrung statt, der sein Leben der Evangelisierung und Katechese widmete und hauptsächlich hier in Thailand, aber auch in Teilen Vietnams und an der Grenze zu Laos Jünger des Herrn heranzubildete und sein Zeugnis für Christus mit dem Martyrium krönte. Stellen wir diese Begegnung in seine Gegenwart, auf dass sein Vorbild in uns einen großen Eifer zur Evangelisierung in allen Ortskirchen Asiens erwecke und wir mehr und mehr missionarische Jünger des Herrn werden; so kann seine Frohe Botschaft wie Balsam und Duft auf diesem schönen großen Kontinent ausgegossen werden.

Ich weiß, dass ihr für 2020 anlässlich des fünfzigsten Jahrestages ihrer Gründung eine Generalversammlung der Föderation der Asiatischen Bischofskonferenzen plant. Dies ist eine gute Gelegenheit, die „Heiligtümer“ wieder aufzusuchen, in denen die missionarischen Wurzeln besonders präsent sind, die diese Länder prägten, und sich vom Heiligen Geist auf den Spuren der ersten Liebe leiten zu lassen. Und damit wird man auch in der Lage sein, sich mutig und freimütig einer Zukunft zu öffnen, die hervorzubringen und zu gestalten ihr berufen seid, damit sowohl die Kirche als auch die Gesellschaft in Asien von einem einmütig geteilten und erneuten Impuls durch das Evangelium profitieren können. Dazu muss man in Christus verliebt sein und fähig, andere verliebt zu machen und diese Liebe weiterzugeben.

Ihr lebt auf einem multikulturellen und multireligiösen Kontinent von großer Schönheit und beachtlichem Wohlstand, der auf verschiedenen Ebenen zugleich aber auch von weit verbreiteter Armut und Ausbeutung gezeichnet ist. Der rasante technologische Fortschritt kann immense Möglichkeiten eröffnen, die das Leben erleichtern, er kann aber auch zu einem wachsendem Konsumismus und Materialismus führen, insbesondere

bei jungen Menschen. Auf euren Schultern tragt ihr die Sorgen eurer Völker, wie etwa die Geißel des Drogen- und Menschenhandels, die Notwendigkeit der Betreuung einer großen Zahl von Migranten und Flüchtlingen, die schlechten Arbeitsbedingungen, die von vielen Arbeitskräften erlittene Ausbeutung und die wirtschaftliche und soziale Ungleichheit zwischen Arm und Reich.

Inmitten dieser Spannungen kämpft und engagiert sich der Hirte mit seinem Volk und für sein Volk; deshalb glaube ich, dass wir durch die Erinnerung an die ersten Missionare, die uns mit Mut, mit Freude und mit einem einzigartigen Durchhaltevermögen vorangegangen sind, unsere Gegenwart und unsere Sendung aus einer viel weiteren und innovativeren Perspektive ermessen und bewerten können. Diese Erinnerung befreit uns in erster Linie von dem Glauben, dass die vergangenen Zeiten für die Verkündigung immer günstiger oder besser waren, und sie hilft uns, nicht in sterile Gedanken und Diskussionen zu flüchten, die am Ende dazu führen, dass wir uns selbstbezogen in uns einschließen und in unserem Handeln gelähmt sind. »Lernen wir indessen von den Heiligen, die uns vorangegangen sind und die die jeweiligen Schwierigkeiten ihrer Zeit angepackt haben« (Apostolisches Schreiben *Evangelii gaudium*, 263), und entledigen wir uns all der Dinge, die im Laufe unseres Weges an uns „haftengeblieben“ sind und die ein Vorankommen schwermachen. Wir sind uns bewusst, dass es kirchliche Strukturen und Mentalitäten gibt, »die eine Dynamik der Evangelisierung beeinträchtigen können; gleichermaßen können gute Strukturen nützlich sein, wenn ein Leben da ist, das sie beseelt, sie unterstützt und sie beurteilt. Ohne neues Leben und echten, vom Evangelium inspirierten Geist, ohne „Treue der Kirche gegenüber ihrer eigenen Berufung“ wird jegliche neue Struktur in kurzer Zeit verderben« (*ebd.*, 26), und womöglich den wichtigen Dienst des Gebetes und der Fürbitte, der in unseren Herzen stattfinden muss, behindern. Dies kann uns angesichts einer leichtfertigen Begeisterung für scheinbar erfolgversprechende, aber wenig nachhaltige Methoden helfen, den rechten Weg einzuschlagen.

Wenn man den missionarischen Weg in diesen Ländern beobachtet, lernt man in erster Linie das Vertrauen darauf, dass es gerade der Heilige Geist ist, der als Erster vorangeht und ruft. Der Heilige Geist geht der Kirche voraus und lädt sie ein, all jene Knotenpunkte zu erreichen, »wo die neuen Geschichten und Paradigmen entstehen, und mit dem Wort Jesu den innersten Kern der Seele der Städte« (*ebd.*, 74) und Kulturen zu erreichen. Vergessen wir nicht, dass der Heilige Geist vor dem Missionar ankommt und bei ihm bleibt. Der Impuls des Heiligen Geistes unterstützte und motivierte die Apostel und so viele Missionare darin, kein Land, kein Volk, keine Kultur und keine Situation zu vernachlässigen. Sie suchten nicht den garantierten Erfolg, im Gegenteil, ihre „Garantie“ bestand in der Gewissheit, dass kein Mensch und keine Kultur *a priori* unfähig ist, den Samen des Lebens, des Glücks und vor allem der Freundschaft, die der Herr ihnen schenken will, aufzunehmen. Sie erwarteten nicht, dass eine Kultur dem Evangelium affin oder mit diesem leicht in Einklang zu bringen sei. Im Gegenteil, sie tauchten in diese neuen Realitäten ein, überzeugt von der Schönheit, deren Boten sie waren. Alles Leben ist in den Augen des Meisters gut. Sie waren kühn und mutig, weil sie vor allem wussten, dass das Evangelium ein Geschenk ist, das an alle und für alle, an alle Menschen weitergegeben werden muss: Gesetzeslehrer, Sünder, Zöllner und Prostituierte – an alle Sünder von gestern wie von heute. Ich möchte darauf hinweisen, dass die Mission noch vor allen durchzuführenden Aktivitäten oder Projekten einen Blick und einen Spürsinn erfordert; eine väterliche und mütterliche Sorge, denn das Schaf ist erst verloren, wenn der Hirte es aufgegeben hat, nicht vorher. Vor drei Monaten empfang ich einen französischen Missionar, der seit fast 40 Jahren im Norden Thailands unter den dort ansässigen Stämmen wirkt. Er kam mit einer Gruppe von 20 bis 25 Personen, alles Familienväter und -mütter, junge Leute, nicht älter als 25 Jahre. Er selbst hatte sie getauft, die erste Generation, und nun taufte er ihre Kinder. Nun könnte man denken: Du hast dein Leben für 50, 100 Leute vertan. Das war seine Saat und Gott schenkt ihm die Freude, dass er ihn nun die Kinder derer taufen lässt, die er damals getauft hatte. Er hat die Eingeborenen im Norden Thailands schlichtweg als einen Reichtum für die Evangelisierung erlebt. Er hat dieses Schaf nicht aufgegeben, er hat sich seiner angenommen.

Einer der schönsten Aspekte der Evangelisierung ist es, zu erkennen, dass die der Kirche anvertraute Sendung nicht nur in der Verkündigung des Evangeliums besteht, sondern auch darin, zu lernen, an das Evangelium zu glauben. Wie viele verkündigen –zuweilen auch wir selbst – das Evangelium in Momenten der Anfechtung und glauben dabei nicht an das Evangelium! Lernen, an das Evangelium zu glauben, um sich von ihm verwandeln zu lassen. Das geschieht dadurch, dass wir im Licht des Wortes, das wir verkündigen müssen, leben und wandeln. Es wird uns guttun, uns an den großen Paul VI. zu erinnern: »Die Kirche, Trägerin der Evangelisierung, beginnt damit, sich selbst zu evangelisieren. Als Gemeinschaft von Gläubigen, als Gemeinschaft gelebter und gepredigter Hoffnung, als Gemeinschaft brüderlicher Liebe muss die Kirche

unablässig selbst vernehmen, was sie glauben muss, welches die Gründe ihrer Hoffnung sind und was das neue Gebot der Liebe ist« (Apostolisches Schreiben *Evangelii nuntiandi*, 15). So tritt die Kirche ein in die Dynamik der Jüngerschaft, der Bekehrung und Verkündigung; von ihrem Herrn gereinigt, wird sie zur Zeugin aus Berufung. Eine Kirche auf dem Weg, ohne Angst, auf die Straße zu gehen und sich dem Leben der ihr anvertrauten Menschen zu stellen, ist in der Lage, sich demütig dem Herrn zu öffnen und mit dem Herrn das staunenswerte, wunderbare Abenteuer der Mission zu erleben, ohne das bewusste oder unbewusste Bedürfnis, selbst groß herauszukommen und Gott weiß welche Vorrangstellung zu besetzen oder zu beanspruchen. Wie viel wir doch von euch lernen müssen, die ihr in vielen eurer Länder oder Regionen Minderheiten seid – Minderheiten, die manchmal unbeachtet, von anderen behindert oder verfolgt werden – und euch dabei nicht von Minderwertigkeitskomplexen oder Geltungsbedürfnis mitreißen oder vergiften lässt. Macht weiter so: verkündet, sät aus, betet und wartet. Und verliert nicht die Freude!

Brüder, »mit Jesus vereint, suchen wir, was er sucht, lieben wir, was er liebt« (Apostolisches Schreiben *Evangelii gaudium*, 267). Lasst uns keine Angst davor haben, seine Prioritäten zu unseren Prioritäten zu machen. Ihr wisst sehr gut, was es bedeutet eine Kirche zu sein, die klein an Personen und Ressourcen, aber glühend darauf bedacht ist, ein lebendiges Werkzeug der Verheißung des Herrn für alle Menschen in euren Dörfern und Städten zu sein (vgl. Zweites Vatikanisches Konzil, Dogmatische Konstitution *Lumen Gentium*, 1). Euer Einsatz für die fruchtbare Ausbreitung des Evangeliums durch die Verkündigung des Kerygmas in Wort und Tat an den verschiedenen Orten, wo es Christen gibt, ist ein starkes Zeugnis.

Eine missionarische Kirche weiß, dass ihr Reden dann von Bedeutung ist, wenn sie sich durch das Wort des Lebens verwandeln lässt und den Dienst zu ihrem unverwechselbaren Merkmal macht. Nicht wir sind das Entscheidende an der Mission, geschweige denn unsere Strategien. Der Geist ist der wahre Protagonist, der uns Sünder, die wir Gottes Vergebung erfahren haben, antreibt und sendet, um diesen Schatz in zerbrechlichen Gefäßen weiterzugeben (vgl. *2 Kor 4,7*); wir werden vom Geist verwandelt, um jeden Winkel zu verwandeln, wo immer wir gerade sind. Das Martyrium der täglichen und oft stillen Hingabe wird die Früchte bringen, die eure Völker brauchen.

Dies ermutigt uns, eine ganz besondere Spiritualität zu entwickeln. Der Hirte ist vor allem ein Mensch, der *sein Volk leidenschaftlich liebt*, der seine Eigenheiten, seine Schwächen und Stärken kennt. Mission ist sicherlich Liebe zu Jesus Christus, aber gleichzeitig ist sie Leidenschaft für sein Volk. Wenn wir vor dem gekreuzigten Jesus verweilen, erkennen wir diese völlige Liebe, die uns unsere Würde zurückgibt und uns trägt, und eben dort beginnen wir, wenn wir nicht blind sind, wahrzunehmen, dass dieser Blick Jesu sich weitet und sich voller Zuneigung und Leidenschaft auf sein ganzes Volk richtet (vgl. Apostolisches Schreiben *Evangelii gaudium*, 268).

Denken wir immer daran, dass auch wir Teil dieses Volkes sind; wir sind nicht die Herren, wir sind Teil des Volkes; wir wurden als Diener auserwählt, nicht als Besitzer oder Herren. Das bedeutet, dass wir denjenigen, denen wir dienen, mit Geduld und Freundlichkeit beistehen müssen, indem wir ihnen zuhören, ihre Würde respektieren und ihre apostolischen Initiativen beständig fördern und wertschätzen. Wir wollen nicht vergessen, dass viele eurer Länder von Laien missioniert wurden. Klerikalisieren wir bitte nicht die Mission; und klerikalisieren wir erst recht nicht die Laien. Diese Laien hatten die Möglichkeit, den Dialekt ihres Volkes zu sprechen, eine einfache und direkte Form der Inkulturation, weder theoretisch noch ideologisch, sondern eine Frucht leidenschaftlicher christlicher Verkündigung. Das heilige und gläubige Volk Gottes besitzt die Salbung des Heiligen, zu dessen Anerkennung, Wertschätzung und Verbreitung wir berufen sind. Verlieren wir nicht diese Gnade, Gott inmitten seines Volkes handeln zu sehen, wie er es früher getan hat, wie er es jetzt tut und auch weiterhin tun wird. Da kommt mir spontan ein Bild in den Sinn: der kleine Samuel, der nachts aufwachte. Gott hat den alten Priester, der eine schwache Persönlichkeit war, respektiert, er ließ ihn machen, aber er sprach nicht zu ihm. Er hat zu einem Jungen gesprochen, zu einem aus dem Volk.

In besonderer Weise lade ich euch ein, immer eine offene Tür für eure Priester zu haben. Die Tür und das Herz offen zu haben. Vergessen wir nicht, dass die Priester dem Bischof am allernächsten stehen. Seid ihnen nahe, hört ihnen zu, versucht ihnen Halt zu geben in allen Situationen, mit denen sie konfrontiert sind, besonders, wenn ihr seht, dass sie mutlos oder gleichgültig sind, was die schlimmste Versuchung des Teufels ist. Die Apathie, die Mutlosigkeit. Begegnet ihnen dann nicht als Richter, sondern als Väter, nicht als Geschäftsführer, die über sie verfügen, sondern als echte ältere Brüder. Schafft ein vertrauensvolles Klima, das einen aufrichtigen

Dialog, einen offenen Dialog begünstigt, indem ihr euch bemüht und um die Gnade bittet, die gleiche Geduld zu haben, die der Herr mit einem jedem von uns hat, und das ist wirklich sehr viel, ja sehr viel!

Liebe Brüder, ich weiß, dass es viele offene Fragen gibt, mit denen ihr in euren Gemeinschaften konfrontiert seid und die sowohl den Alltag als auch die Zukunft betreffen. Übersehen wir dabei nie, dass in dieser oft so unsicheren und zweifelhaften Zukunft, wirklich der Herr selbst kraft seiner Auferstehung jedes Übel und jede Wunde in eine Quelle des Lebens verwandelt. Schauen wir mit dieser Gewissheit in die Zukunft, dass wir nicht alleine sind, dass wir nicht alleine unterwegs sind, nicht alleine gehen, er erwartet uns und lädt uns ein, ihn vor allem im Brotbrechen wiederzuerkennen.

Bitten wir um die Fürsprache des seligen Nicholas und der vielen heiligen Missionare, dass unsere Völker durch dieselbe Salbung erneuert werden.

Da heute viele Bischöfe Asiens hier sind, nutze ich diese Gelegenheit, meinen Segen von Herzen auf alle eure Gemeinschaften auszudehnen, insbesondere auch auf die Kranken und alle, die schwierige Zeiten durchmachen. Der Herr segne euch, er beschütze euch und begleite euch immerdar. Und er nehme euch bei der Hand; und ihr mögt euch von der Hand des Herrn führen lassen und nicht andere Hände suchen.

Und vergesst bitte nicht für mich zu beten und für mich beten zu lassen, denn alles, was ich zu euch gesagt habe, muss ich auch zu mir selber sagen.

Vielen Dank.

[01852-DE.02] [Originalsprache: Spanisch]

Traduzione in lingua portoghese

Agradeço a Sua Eminência, o Cardeal Francis Xavier Kriengsak Kovithavanij, as suas amáveis palavras de introdução e boas-vindas. Sinto-me feliz por estar convosco e partilhar, embora brevemente, as vossas alegrias e esperanças, as vossas iniciativas e sonhos, e também os desafios que enfrentais como pastores do santo povo fiel de Deus. Obrigado pela vossa receção fraterna.

O nosso encontro de hoje tem lugar no Santuário do Beato Nicolau Bunkerd Kitbamrung, que dedicou a sua vida à evangelização e à catequese, formando discípulos do Senhor, principalmente aqui na Tailândia, mas também em parte do Vietname e ao longo da fronteira com o Laos, e coroou o seu testemunho de Cristo com o martírio. Coloquemos este encontro sob o seu olhar, para que o seu exemplo estimule em nós um grande zelo pela evangelização em todas as Igrejas locais da Ásia e possamos ser cada vez mais discípulos missionários do Senhor; assim a sua Boa-Nova poderá ser espalhada como bálsamo e perfume neste grande e magnífico continente.

Sei que está em programa para 2020 a Assembleia Geral da Federação de Conferências dos Bispos da Ásia, no cinquentenário da sua fundação. Uma boa ocasião para voltar a visitar os «santuários», onde se guardam as raízes missionárias que marcaram estas terras, e para deixar o Espírito Santo impelir-vos pelos passos do primeiro amor; isto permitir-vos-á abrir com coragem, com ousadia para um futuro que sois chamados a gerar e implementar, a fim de que tanto a Igreja como a sociedade na Ásia beneficiem dum impulso evangélico compartilhado e renovado. Enamorados de Cristo, capazes de fazer enamorar compartilhando o mesmo amor.

Viveis num continente multicultural e multirreligioso, de grande beleza e prosperidade, mas ao mesmo tempo provado por uma pobreza e exploração a vários níveis. Os rápidos progressos tecnológicos podem abrir imensas possibilidades para facilitar a vida, mas podem também suscitar um crescente consumismo e materialismo, sobretudo entre os jovens. Carregais aos ombros as preocupações dos vossos povos ao ver o flagelo das drogas e o tráfico de pessoas, a necessidade de atender a um grande número de migrantes e refugiados, as más condições de trabalho, a exploração laboral sofrida por muitos, bem como a desigualdade

económica e social que existe entre os ricos e os pobres.

No meio destas tensões, encontra-se o pastor lutando e intercedendo com o seu povo e pelo seu povo. Por isso, penso que a memória dos primeiros missionários, que nos precederam com coragem, alegria e uma resistência extraordinária, permitirá medir e avaliar o nosso presente e a nossa missão a partir duma perspetiva muito mais ampla, muito mais inovadora. Tal memória liberta-nos, em primeiro lugar, de pensar que os tempos passados foram sempre mais favoráveis ou melhores do que os atuais para o anúncio e ajuda-nos a não nos refugiarmos em pensamentos e debates estéreis que acabam por nos concentrar e fechar em nós mesmos, paralisando todo o tipo de ação. «Aprendamos com os Santos que nos precederam e enfrentaram as dificuldades próprias do seu tempo» (Evangelli gaudium, 263) e deixemo-nos despojar de tudo o que se nos «apegou» ao longo do caminho, tornando mais pesado o andar. Temos consciência de que «há estruturas [e mentalidades] eclesiais que podem chegar a condicionar [negativamente] um dinamismo evangelizador; de igual modo, as boas estruturas servem quando há uma vida que as anima, sustenta e avalia; [porque, em última análise], sem vida nova e espírito evangélico autêntico, sem fidelidade da Igreja à própria vocação, toda e qualquer nova estrutura se corrompe em pouco tempo» (Ibid., 26) e pode tornar difícil ao nosso coração o importante ministério da oração e intercessão. Isto pode ajudar, às vezes, a regular-nos face a entusiasmos imprudentes com métodos que têm um êxito aparente, mas pouca vida.

Ao observar o caminho missionário nestas terras, uma das primeiras lições colhidas é esta: a confiança de saber que o primeiro a ir à frente e a chamar é precisamente o Espírito Santo; Ele precede a Igreja, convidando-a a alcançar todos os pontos decisivos «onde são concebidas as novas histórias e paradigmas [para] alcançar com a Palavra de Jesus os núcleos mais profundos da alma das [nossas] cidades» (Ibid., 74) e culturas. Não esqueçamos que o Espírito Santo chega antes do missionário, e permanece com ele. O impulso do Espírito Santo sustentou e motivou os Apóstolos e tantos missionários para não descartarem qualquer terra, povo, cultura ou situação. Não procuraram um terreno com «garantias de sucesso»; pelo contrário, a sua «garantia» residia na certeza de que nenhuma pessoa e cultura seja a priori incapaz de receber a semente de vida, de felicidade e especialmente da amizade que o Senhor lhes quer dar. Não esperavam que uma cultura fosse afim ou facilmente sintonizada com o Evangelho; pelo contrário, mergulharam nessas realidades novas, convencidos da beleza de que eram portadores. Toda a vida tem valor aos olhos do Mestre. Eram ousados, corajosos, porque sabiam, antes de mais nada, que o Evangelho é um dom para ser semeado em todos e para todos, disseminado por todos: doutores da lei, pecadores, publicanos, prostitutas, todos os pecadores de ontem e de hoje. Apraz-me salientar que a missão, mais do que atividades a realizar ou projetos a implementar, requer um olhar e um olfato que se deve educar; requer uma preocupação paterna e materna, porque a ovelha se perde quando o pastor a dá por perdida; nunca antes. Três meses atrás, tive a visita dum missionário francês, que trabalha há quase 40 anos no norte da Tailândia, no meio das tribos. Veio com um grupo de 20, 25 pessoas, todas elas pais e mães de família: jovens, não tinham mais de 25 anos! Ele mesmo os batizara – eram a primeira geração – e agora batizava os seus filhos. Alguém poderia pensar: perdestes a vida por 50, 100 pessoas. Tal foi a sua sementeira; e Deus consola-o, fazendo-lhe batizar os filhos daqueles que batizara primeiro. Simplesmente viu aqueles indígenas do norte da Tailândia como uma riqueza para a evangelização. Não deu por perdida aquela ovelha, preocupou-se com ela.

Um dos pontos mais belos da evangelização é dar-se conta de que a missão confiada à Igreja não consiste apenas na proclamação do Evangelho, mas também em aprender a crer no Evangelho. Quantos proclamam, ou melhor, às vezes, em momentos de tentação, nós proclamamos o Evangelho e não acreditamos no Evangelho! Aprender a crer no Evangelho, deixar-se transformar por ele. Consiste em viver e caminhar à luz da Palavra que temos de proclamar. Far-nos-á bem recordar estas palavras importantes de Paulo VI: «Evangelizadora como é, a Igreja começa por se evangelizar a si mesma. Comunidade de crentes, comunidade de esperança vivida e comunicada, comunidade de amor fraterno, ela tem necessidade de ouvir sem cessar aquilo que ela deve acreditar, as razões da sua esperança e o mandamento novo do amor» (Evangelli nuntiandi, 15). Assim, a Igreja entra na dinâmica do discipulado: conversão-anúncio; purificada pelo seu Senhor, torna-se testemunha por vocação. Uma Igreja em caminho, sem medo de descer à rua e tomar contacto com a vida das pessoas que lhe foram confiadas, é capaz de se abrir humildemente ao Senhor e, com o Senhor, viver a maravilha da aventura missionária sem necessidade, consciente ou inconsciente, de querer aparecer ela em primeiro lugar, ocupando ou pretendendo talvez que lhe atribuam lugar de destaque. Quanto devemos aprender convosco que, apesar de em muitos dos vossos países ou regiões serdes minorias e, às vezes, minorias ignoradas,

obstaculizadas ou perseguidas, nem por isso vos deixais levar ou contaminar pelo complexo de inferioridade ou pela lamentação de não se sentirem reconhecidos. Continuai para diante! Anunciai, semeai, rezai e esperai. E não percais a alegria!

Irmãos, «unidos a Jesus, procuremos o que Ele procura, amemos o que Ele ama» (Evangelii gaudium, 267) e não tenhamos medo de fazer nossas as suas prioridades. Vós sabeis muito bem o que é uma Igreja pequena em pessoas e recursos, mas ardente e ansiosa por ser um instrumento vivo da promessa do Senhor para todas as pessoas das vossas aldeias e cidades (cf. Conc. Ecum. Vat. II, *Lumen gentium*, 1)! O vosso compromisso de realizar esta fecundidade evangélica, anunciando o querigma por obras e palavras nos diferentes campos onde se encontram os cristãos, é um testemunho que marca.

Uma Igreja missionária sabe que a sua melhor palavra é o deixar-se transformar pela Palavra que dá Vida, fazendo do serviço a sua nota distintiva. Não somos nós que temos a chave da missão, e menos ainda as nossas estratégias. O verdadeiro protagonista é o Espírito, que nos impele a nós, pecadores perdoados, enviando-nos continuamente para partilhar este tesouro em vasos de barro (cf. 2 Cor 4, 7); transformados pelo Espírito, para transformar cada canto onde nos toque estar. O martírio da dedicação diária e frequentemente silenciosa dará os frutos de que precisam os vossos povos.

Esta realidade encoraja-nos a desenvolver uma espiritualidade muito particular. O pastor é uma pessoa que, antes de mais nada, ama entranhadamente o seu povo, conhece as suas inclinações, as suas fraquezas e forças. Certamente amor por Jesus Cristo, a missão é ao mesmo tempo «paixão pelo seu povo. Quando paramos diante de Jesus crucificado, reconhecemos todo o seu amor que nos dignifica e sustenta, mas lá também, se não formos cegos, começamos a perceber que este olhar de Jesus se alonga e dirige, cheio de afeto e ardor, a todo o seu povo» (Evangelii gaudium, 268).

Lembre-mos de que também nós fazemos parte deste povo; não somos os senhores, fazemos parte do povo; fomos escolhidos como servidores, não como patrões ou senhores. Isto significa que temos de acompanhar aqueles que servimos com paciência e amabilidade, escutando-os, respeitando a sua dignidade, promovendo e valorizando sempre as suas iniciativas apostólicas. Não percamos de vista que muitas das vossas terras foram evangelizadas por leigos. Por favor, não clericalizemos a missão, e menos ainda os leigos. Estes leigos puderam falar o dialeto do povo, um exercício simples e direto de inculturação, não teórica nem ideológica, mas fruto da paixão por partilhar Cristo. O santo povo fiel de Deus possui a unção do Santo, que somos chamados a reconhecer, valorizar e difundir. Não percamos esta graça de ver Deus que age no meio do seu povo: como o fizera antes, fá-lo agora e continuará a fazê-lo. Acode-me à mente uma imagem que não estava no programa: o menino Samuel que acordava de noite. Deus respeitou o sacerdote ancião, fraco de caráter; deixava-o fazer, mas não lhe falava. Falou a um rapaz, a um do povo.

De maneira particular, convido-vos a ter sempre a porta aberta para os vossos sacerdotes: a porta e o coração. Não esqueçamos que o próximo mais próximo do bispo é o sacerdote. Mantende-vos próximo deles, escutai-os, procurai sustentá-los em todas as situações que enfrentam, sobretudo quando os virdes desanimados ou apáticos, que é a pior das tentações do demónio. A apatia, o desânimo. E isso fazei-o, não como juízes, mas como pais, não como gerentes que se servem deles, mas como verdadeiros irmãos mais velhos. Criai um clima de confiança que favoreça um diálogo sincero, um diálogo aberto, buscando e pedindo a graça de terdes a mesma paciência que o Senhor tem com cada um de nós... e tem tanta, tanta!

Queridos irmãos, sei que são variadas as questões que tendes de enfrentar dentro das vossas comunidades, tanto no dia a dia como pensando no futuro. Nunca percamos de vista que precisamente neste futuro, muitas vezes tão incerto como problemático, é precisamente o Senhor que vem com a força da Ressurreição para transformar cada chaga, cada ferida, em fonte de vida. Olhem para o amanhã com a certeza de que não estamos sozinhos, não vivemos sozinhos, não caminhamos sozinhos; lá nos espera Ele, convidando-nos a reconhecê-Lo principalmente ao partir o pão.

Supliquemos a intercessão do Beato Nicolau e de tantos santos missionários para que os nossos povos sejam renovados com a mesma unção.

Uma vez que hoje se encontram aqui numerosos Bispos da Ásia, aproveito a ocasião para estender a bênção e o meu afeto a todas as vossas comunidades e, de forma especial, aos doentes e a todos aqueles que estão a atravessar momentos de dificuldade. Que o Senhor vos abençoe, proteja e sempre vos acompanhe. E, a vós, que vos tome pela mão; e que vós vos deixeis guiar pela mão do Senhor e não procureis outras mãos.

E, por favor, não vos esqueçais de rezar e fazer rezar por mim, porque tudo aquilo que vos disse a vós, tenho de o repetir também a mim próprio.

Muito obrigado!

[01852-PO.02] [Texto original: Espanhol]

Traduzione in lingua polacca

Dziękuję Jego Eminencji, kardynałowi Francisowi Xavier Kriengsak Kovithavanij za jego uprzejme słowa wprowadzenia i powitania. Cieszę się, że mogę być z wami i mieć udział, choćby krótko w radościach i nadziejach, waszych inicjatywach i i marzeniach, a także wyzwaniach, przed którymi stajecie jako pasterze świętego wiernego Ludu Bożego. Dziękuję za wasze braterskie przyjęcie.

Nasze dzisiejsze spotkanie odbywa się w sanktuarium bł. Mikołaja Bunkerda Kitbamrunga, który poświęcił swoje życie ewangelizacji i katechezie, kształtując uczniów Pana, zwłaszcza tutaj w Tajlandii, a także w części Wietnamu oraz wzdłuż granicy z Laosem, a swoje świadectwo Chrystusowi ukoronował męczeństwem. Niech to spotkanie odbywa się pod jego spojrzeniem, aby jego przykład rozbudzał w nas wielką gorliwość o ewangelizację we wszystkich Kościołach lokalnych Azji i abyśmy coraz bardziej byli misjonarzami Pana. W ten sposób Jego Dobra Nowina będzie mogła być rozlana jak olej i woń na tym pięknym i wielkim kontynencie.

Wiem, że na rok 2020 planowane jest Zgromadzenie Ogólne Federacji Konferencji Biskupów Azji, z okazji pięćdziesiątej rocznicy jej powstania. Jest to dobra okazja do ponownego odwiedzenia tych „sanktuariów”, w których przechowywane są korzenie misyjne, które naznaczyły te ziemie, oraz by dać się prowadzić Duchowi Świętemu śladami pierwszej miłości; pozwoli to na odważne, szczere otwarcie się na przyszłość, do której zrodzenia i realizacji jesteście wezwani, aby zarówno Kościół, jak i społeczeństwo w Azji skorzystały ze wspólnego i odnowionego bodźca ewangelicznego. Zakochani w Chrystusie, zdolni by pobudzić do kochania i dzielenia się tą samą miłością.

Życie na kontynencie wielokulturowym i wieloreligijnym, obdarzonym wielkim pięknem i dobrobytem, ale jednocześnie doświadczonym rozpowszechnionym ubóstwem i wyzyskiem na różnych poziomach. Szybki postęp technologiczny może otworzyć ogromne możliwości, które ułatwiają życie, ale mogą również prowadzić do rosnącego konsumpcjonizmu i materializmu, szczególnie wśród młodych. Niesiecie na swych ramionach troski waszego ludu w obliczu plagi narkomanii i handlu ludźmi, konieczności zajęcia się wielką liczbą migrantów i uchodźców, złymi warunkami pracy oraz wyzyskiem pracowniczym, którego doświadczą wielu, a także nierównościami ekonomicznymi i społecznymi, jakie istnieją między bogatymi a biednymi.

Pasterz staje pośród tych napięć, walcząc ze swoim ludem i wstawiając się za swój lud. Sądzę zatem, że pamięć pierwszych misjonarzy, którzy poprzedzili nas z odwagą, radością i wyjątkową odpornością, pozwoli nam zmierzyć i ocenić naszą teraźniejszość i naszą misję ze znacznie szerszej i dużo bardziej nowatorskiej perspektywy. Ta pamięć nas wyzwala przede wszystkim od przekonania, że minione czasy były zawsze bardziej sprzyjające lub lepsze dla przepowiadania i pomaga nam nie zasklepić się w jałowych myślach i dyskusjach, które doprowadzają do skupienia się i zamknięcia w sobie, paraliżując wszelkiego rodzaju działania. „Uczmy się od świętych, którzy nas poprzedzili i stawili czoło trudnościom występującym w ich epoce” (Adhort. apost. *Evangelii gaudium*, 263) i pozwólmy się ogołocić ze wszystkiego, co „się do nas przykleiło” po drodze i co czyni drogę coraz bardziej uciążliwą. Mamy świadomość, że „istnieją struktury [i mentalności] kościelne, które mogą negatywnie warunkować ewangelizacyjny dynamizm; podobnie, dobre struktury służą, kiedy jest życie, które je ożywia, podtrzymuje i osądza. [Bo w ostateczności] bez nowego życia i autentycznego ewangelicznego ducha, bez «wierności Kościoła swojemu powołaniu», każda nowa struktura w krótkim czasie ulega degradacji” (*tamże*,

26) i może utrudnić naszemu sercu ważną posługę modlitwy i wstawiennictwa. Czasami to może nam pomóc zachować równowagę wobec nierozważnych, entuzjastycznych metod, które mają pozorny sukces, ale krótkie życie.

Obserwując drogę misyjną na tych ziemiach, jedna z pierwszych otrzymanych lekcji rodzi się z pewnością, że to właśnie Duch Święty idzie jako pierwszy i powołuje: Duch Święty poprzedza Kościół, zachęcając go, by dotarł do wszystkich punktów węzłowych, „gdzie kształtują się nowe przesłania i wzorce, dotrzeć ze Słowem Jezusa do najgłębszych zakamarków [naszych] miast” (*tamże*, 74) i kultur. Nie zapominajmy, że Duch Święty przybywa przed misjonarzem i z nim pozostaje. Impuls Ducha Świętego wspierał i motywował Apostołów i wielu misjonarzy, aby nie odrzucali żadnej ziemi, ludu, kultury ani sytuacji. Nie szukali jakiejś ziemi z gwarancjami sukcesu. Wręcz przeciwnie, ich „gwarancja” polegała na pewności, że żadna osoba i kultura nie były z góry niezdolne do otrzymania ziarna życia, szczęścia, a zwłaszcza przyjaźni, którą Pan chce im zaoferować. Nie czekali, aż jakaś kultura będzie podobna, czy łatwo dostroi się do Ewangelii. Przeciwnie, zanurzyli się w te nowe rzeczywistości, będąc przekonanymi o pięknie, które nieśli. Każde życie jest cenne w oczach Nauczyciela. Byli śmiali, odważni, ponieważ wiedzieli przede wszystkim, że Ewangelia jest darem, który ma być zasiany we wszystkich i dla wszystkich, rozpowszechniony pośród wszystkich: uczonych w Prawie, grzeszników, celników, nierządnic, wszystkich grzeszników dnia wczorajszego, jak i dzisiejszego. Chciałbym podkreślić, że misja, zanim zostaną podjęte działania, które trzeba przeprowadzić lub projekty do realizacji, wymaga wyrobienia spojrzenia i „węchu”; wymaga ojcowskiej i matczynej troski, ponieważ owca ginie, kiedy pasterz uważa ją za zaginioną, a nigdy wcześniej. Trzy miesiące temu odwiedził mnie francuski misjonarz, który od prawie czterdziestu lat pracuje na północy Tajlandii, pomiędzy plemionami. Przybył z grupą 20-25 osób, wszyscy ojcowie i matki rodzin, młodzi, nie więcej niż 25 lat; to on ich chrzcił, pierwsze pokolenie, a teraz chrzcił ich dzieci. Ktoś mógłby pomyśleć: straciłeś życie dla pięćdziesięciu, stu osób. To był zasiew, i Bóg pociesza go, pozwalając mu chrzcić dzieci tych, których ochrzcił jako pierwszych. Zwyczajnie, on traktował tych tubylców z północy Tajlandii jako bogactwo dla ewangelizacji. Nie uważał tej owcy za straconą, ale wziął ją na swoje ramiona.

Jednym z najpiękniejszych wymiarów ewangelizacji jest uświadomienie sobie, że misja powierzona Kościołowi nie polega jedynie na głoszeniu Ewangelii. Ilu głosi, głosimy, czasami w chwilach pokusy, Ewangelie, i nie wierzymy w Ewangelie! Uczyc się wierzyć w Ewangelie, pozwolić, by ona nas przekształcała. Polega ona na życiu i podążaniu w świetle Słowa, które winniśmy głosić. Warto, abyśmy pamiętali o słowach wielkiego Pawła VI: „Kościół jako głosiciel Ewangelii, zaczyna swe dzieło od ewangelizowania samego siebie. Jako wspólnota wierzących, jako wspólnota nadziei wyrażanej życiem i dzielonej z innymi oraz wspólnota braterskiej miłości, musi ciągle słuchać tego, w co wierzy, i motywów swej nadziei, i nowego przykazania miłości” (*Adhort. apost. Evangelii nuntiandi*, 15). W ten sposób Kościół wkracza w dynamikę bycia uczniem: nawrócenie-głoszenie; oczyszczony przez swego Pana przemienia się w świadka z powołania. Kościół w drodze, nie lękając się zejścia na ulicę i skonfrontowania z życiem powierzonych mu osób, jest zdolny do pokornego otwarcia się na Pana i na przeżywanie z Panem zadziwienia, zachwyty przygodą misyjną, bez świadomej lub nieświadomej potrzeby bycia przede wszystkim widzianym, zajmowania lub domagania się nie wiadomo jakiego miejsca pierwszeństwa. Jak wiele musimy się nauczyć od was, którzy w wielu waszych krajach lub regionach jesteście mniejszością, czasami mniejszością ignorowaną, blokowaną i prześladowaną, i nie dajecie się z tego powodu ponieść czy zarazić kompleksem niższości czy narzekaniem, że nie czujecie się uznani! Idźcie naprzód: głoscie, siejcie, módlcie się i czekajcie. I nie traćcie radości!

Bracia, „zjednoczeni z Jezusem, szukamy tego, czego On szuka, kochamy to, co On kocha” (*Adhort. apost. Evangelii gaudium*, 267) i nie boimy się uczynić Jego priorytetów naszymi priorytetami. Doskonale wiecie, czym jest Kościół mały co do ludzi i zasobów, ale żarliwy i pragnący być żywym narzędziem obietnicy Pana wobec wszystkich mieszkańców waszych miast i miasteczek (por. Sobór Watykański II, Konst. dogm. *Lumen gentium*, 1). Wasze zaangażowanie w rozwój ewangelicznej płodności poprzez głoszenie kerygmy dziełami i słowami w różnych obszarach, w których znajdują się chrześcijanie jest świadectwem, które pozostawia ślad.

Kościół misyjny wie, że jego najlepszym słowem jest dać się przemienić przez Słowo Życia, czyniąc z posługi swoją cechą charakterystyczną. To nie my organizujemy misję, a co dopiero nasze strategie. To Duch jest prawdziwym krzewicielem, który nieustannie pobudza i posyła nas grzeszników, którym wybaczone, abyśmy dzielili się tym skarbem przechowywanym w glinianych naczyniach (por. *2 Kor 4, 7*). Jesteśmy przemienieni przez Ducha, aby przemienić każdy zakątek, tam, gdzie dane jest nam być. Męczeństwo codziennego i często

cichego poświęcenia przyniesie owoce, których potrzebują wasze narody.

Ta rzeczywistość pobudza nas do rozwijania bardzo szczególnej duchowości. Pasterz jest osobą, która przede wszystkim *dogłębnie miłuje swój lud*, zna jego specyfikę, słabości i jego mocne strony. Misja jest z pewnością miłością do Chrystusa, ale jednocześnie miłością do Jego Ludu. Gdy zatrzymujemy się przed ukrzyżowanym Jezusem, rozpoznajemy całą tę miłość, która przywraca nam godność i nas wspiera, podtrzymuje nas, i właśnie tam, jeśli nie jesteśmy ślepi, zaczynamy dostrzegać, że to spojrzenie Jezusa się poszerza i pełne miłości i żarliwości zwraca się do całego swojego ludu (por. Adhort. apost. *Evangelii gaudium*, 268).

Pamiętajmy, że także i my jesteśmy częścią tego ludu; nie jesteśmy panami, jesteśmy częścią ludu; zostaliśmy wybrani jako słudzy, a nie jako szefowie lub panowie. Oznacza to, że musimy towarzyszyć tym, którym służymy, z cierpliwością i życzliwością, słuchając ich, szanując ich godność, zawsze promując i doceniając ich inicjatywy apostołskie. Nie traćmy z oczu faktu, że wiele spośród waszych krajów zostało zewangelizowanych przez osoby świeckie. Nie klerykalizujmy misji, proszę; tym bardziej nie klerykalizujmy świeckich. Ci świeccy mieli możliwość mówienia dialektem swego ludu, dokonując prostej i bezpośredniej inkulturacji, nie teoretycznej ani ideologicznej, ale będącej owocem pasji dzielenia się Chrystusem. Święty, wierny Lud Boży posiada namaszczenie Świętego, do którego rozpoznania, docenienia i upowszechniania jesteśmy powołani. Nie traćmy tej łaski dostrzegania Boga działającego pośród swego ludu: tak jak to czynił wcześniej, czyni to teraz i będzie tak nadal czynił. Przychodzi mi na myśl obraz, który nie był zaprogramowany, ale...: mały Samuel budzi się w nocy. Bóg szanował starego kapłana, o słabym charakterze, pozwalał mu działać, ale do niego nie mówił. Mówił do chłopca, do kogoś z ludu.

Zachęcam was szczególnie, abyście zawsze mieli otwarte drzwi dla waszych kapłanów. Drzwi i serce. Nie zapominajmy, że najbliższym bliźnim biskupa jest kapłan. Bądźcie blisko nich, słuchajcie ich, starajcie się im towarzyszyć we wszystkich sytuacjach, w których się znajdują, szczególnie gdy dostrzegacie, że są zniechęceni lub zobojętniali, co jest najgorszą z pokus diabła. Apatia, zniechęcenie. I czyńcie to nie jako sędziowie, ale jako ojcowie, nie jako menedżerowie, którzy się nimi posługują, ale jako prawdziwi starsi bracia. Twórzcie atmosferę zaufania, sprzyjającą szczeremu dialogowi, dialogowi otwartemu, starając się i prosząc o łaskę takiej samej cierpliwości, jaką Pan ma wobec każdego z nas, a jest ona naprawdę wielka, jest wielka!

Drodzy bracia, wiem, że jest wiele znaków zapytania, którym musicie stawiać czoła w łonie swoich wspólnot, czy to w życiu codziennym, czy też myśląc o przyszłości. Nigdy nie traćcie z oczu faktu, że w tej przyszłości, tak często niepewnej a także problematycznej, to właśnie sam Pan przychodzi z mocą Zmartwychwstania przekształcając każde cierpienie, każdą ranę w źródło życia. Spójrzmy na jutro z pewnością, że nie jesteśmy sami, nie wędrujemy sami, nie idziemy sami, On na nas czeka, zachęcając nas do rozpoznania Go przede wszystkim w łamaniu chleba.

Prośmy o wstawiennictwo błogosławionego Mikołaja i wielu świętych misjonarzy, aby nasze narody zostały odnowione tym samym namaszczeniem.

Ponieważ jest tu dzisiaj wielu biskupów Azji, korzystam z okazji, aby przekazać błogosławieństwo i moją miłość wszystkim waszym wspólnotom, a zwłaszcza chorym i tym wszystkim, którzy przeżywają chwile trudności. Niech Pan was błogosławi, niech was chroni i zawsze wam towarzyszy. Niech was weźmie za rękę, a wy pozwólcie się prowadzić ręce Pana i nie szukajcie innych rąk.

I proszę, nie zapomnijcie modlić się i zachęcać do modlitwy za mnie, aby to wszystko, co powiedziałem wam, muszę powiedzieć samemu sobie. Dziękuję!

[01852-PL.02] [Testo originale: Spagnolo]

Traduzione in lingua araba

دناليات دلا ةيلوسرلا ةرايزلا

سيسنرف ابابللا ةساذق ةملاك

ايسآ ةفقسا داحتاودناليات ةفقسا عم عاقللا لالغ

غنورم ابتيك دريكنوب الوكيني وابوطللا دبعم ي ف

2019 ي ناثلا نيرشت/ربم فون 22، نوموت

أشكر صاحب النيافة، الكاردينال فرانسيس كرافيه كرينجساك كوفيتافانيج، على مقدّمته اللطيفة وعلى الترحيب. يسعدني أن أكون معكم وأشارككم، ولو قليلاً، الفرح والرجاء، وأقاسمكم مبادراتكم وأحلامكم، وكذلك التحديات التي تواجهون كرهاً لشعب الله المؤمن. شكراً لاستقبالكم الأخوي.

نعقد اجتماعنا اليوم في معبد الطوباوي نيكولا بونكير كيتامرونغ، الذي كرّس حياته للتبشير والتعليم الديني، فأعدّ تلاميذاً للربّ، ولاسيما هنا في تايلاند، وكذلك في جزء من فيتنام وعلى طول الحدود مع لاوس، وتوجّ شهادته للمسيح بالشهادة. لنضع هذا اللقاء تحت نظره حتى يوقظ فينا مثاله حماساً كبيراً لحمل البشارة إلى جميع الكنائس المحليّة في آسيا، وكى نكون، أكثر فأكثر، تلاميذاً إرساليين للربّ؛ فنُشر هكذا البشارة كبلسم وعطر في هذه القارة الرائعة والعظيمة.

أعلم أنه من المتوقّع أن تُعقد الجمعية العامّة لاتّحاد أساقفة آسيا عام 2020، في الذكرى الخمسين لتأسيسه. إنها فرصة جيّدة لتزوروا هذه "المعابد" مجدّداً، حيث تُحفظ الجذور الإرسالية التي تركت بصماتها على هذه الأرض، وتدعوا الروح القدس يقودكم على خطوات الحبّ الأوّل؛ وهذا سوف يسمح لكم بأن تفتحوا بشجاعة وحرية على مستقبل يجب أن تعدّوه وتحقّقوه، بحيث يستفيد كلّ من الكنيسة والمجتمع في آسيا، من دفع إنجيليٍّ مشترك ومتجدّد؛ من حبكم العظيم ليسوع، تنقلون هذا الحبّ وتشاركون بذاك الحبّ نفسه.

أتمّ تعيشون في وسط قارة متعدّدة الثقافات والأديان، تتمتع بجمال كبير وازدهار، ولكنها تعاني في الوقت نفسه من الفقر والاستغلال على عدّة مستويات. فالتطوّرات التكنولوجيّة السريعة قادرة على أن تفتح إمكانيات هائلة تسهّل الحياة، ولكنها قد تؤدّي أيضاً إلى ازدياد النزعة الاستهلاكيّة والماديّة، خاصّة لدى الشبيبة. تحملون على أكتافكم هموم شعبكم، إذ ترون آفة المخدّرات والاتّجار بالبشر، والحاجة إلى مساعدة عدد كبير من المهاجرين واللاجئين، وظروف العمل السيّئة، والاستغلال للعمّال الذي يعاني منه الكثيرون، كما والتفاوت الاقتصادي والاجتماعي بين الأغنياء والفقراء.

وسط هذه التوترات هناك الراعي، يناضل ويتشفّع مع شعبه ومن أجل شعبه. لهذا السبب أعتقد أن ذكرى المبشّرين الأوائل الذين سبقونا بشجاعة، وبفرح وبمقاومة فريدة، سوف تسمح لنا بقياس وتقييم حاضرتنا ورسالتنا من منظور أوسع وأكثر إبداعاً. هذه الذكرى تحرّرتنا، أوّلًا، من الاعتقاد بأن الأزمنة الماضية كانت أكثر تناسباً أو أفضل لإعلان البشارة، وتساعدنا على عدم اللجوء إلى الأفكار والمناقشات العقيمة التي تقودنا إلى التركيز والانغلاق على أنفسنا فتعيق عملنا. "لتعلّم بالأحرى من القديسين الذين سبقونا وواجهوا الصعوبات الخاصّة بعصرهم" (الإرشاد الرسوليّ فرح الإنجيل، 263)، ولتجرّد من كلّ ما "أصابتنا" على طول الطريق، وأثقل مسيرتنا بكاملها. نحن ندرك أن "هناك بنى وعقليّات كنسيّة قد تؤثر سلبيّاً على ديناميكيّة التبشير؛ وبالمثل، فالبنى الجيدة تكون نافعة إذا كانت هناك حياة تجددّها وتساندها وتقودها؛ [لأن] في النهاية، بدون حياة جديدة وروح إنجيليٍّ أصيل، وبدون "أمانة الكنيسة لدعوتها، كلّ بنية جديدة سريعاً ما تفسد" (را. نفس المرجع، 26)، ويمكنها أن تجعلنا نستصعب خدمة الصلاة والشفاعة. وهذا قد يساعدنا أحياناً على الاعتدال إزاء أساليب حماسيّة متهوّرة تبدو وكأنها ناجحة ولكن لا تدوم مطوّلاً.

من أوائل الدروس التي تتعلّمها، إذ ننظر إلى مسيرة التبشير في هذه الأراضي، يأتي من اليقين الذي ينبع من معرفة أن الروح القدس هو بالتحديد أول من يمضي قدماً ومن يدعو: الروح القدس "يسبق" الكنيسة ويدعوها لبلوغ كل تلك المواقع المهمة، "حيث تتألف الروايات والمثل الجديدة، ولأن تصل عبر كلام يسوع إلى العناصر المركزية الأكثر عمقاً التي تشكّل نفس وروح المدينة" والثقافات (را. نفس المرجع، 74). لا ننسى أن الروح القدس يصل قبل المبشر ويبقى معه. فدفع الروح القدس قد ساند وحفز الرسل والعديد من المبشرين لعدم التخلّي عن أي أرض أو شعب أو ثقافة أو وضع. لم يبحثوا عن أرض مع "ضمانات النجاح"؛ لا بل إن "ضمانهم" كان يكمن في اليقين بأنه ما من شخص أو ثقافة تعجز، بدهة، عن قبول بذرة الحياة والسعادة وخاصة الصداقة التي يريد الرب أن يهبها له. لم يتوقعوا أن تتوافق أو تتناغم الثقافة مع الإنجيل بسهولة؛ بل على العكس، فقد انطلقوا نحو هذه الحقائق الجديدة مقتنعين بالجمال الذي كانوا يحملونه. فكل حياة هي كريمة في عيني الرب. وهم كانوا جريئين وشجعان، لأنهم كانوا يعلمون أساساً أن الإنجيل هو هبة يجب أن يبلغ الجميع ويُعطى للجميع، أن ينتشر بين الجميع: علماء الشريعة، والخطاة، والعشارين، والبغايا، وكلّ الخاطئين، السابقين كما والمعاصرين. أحب أن أشير إلى أن الرسالة، قبل أن تكون أنشطة نقوم بها أو مشاريع ننغذها، تتطلب نظرةً وحدساً يجب تنميته؛ تتطلب اهتماماً أبوياً وأمومياً لأن "الخروف" يضع عندما يتخلّى عنه الراعي، لا يضع قبل ذلك أبداً. لقد استقبلت قبل ثلاثة أشهر، مبشراً فرنسياً يعمل منذ ما يقرب الأربعين عاماً في شمال تايلاند، وسط القبائل. وجاء مع مجموعة من عشرين إلى خمسة وعشرين شخص، جميعهم أرباب أسر، ما زالوا في شبابه، لا تتجاوز أعمارهم الـ 25 عاماً؛ هو نفسه قد عمدهم، الجيل الأول، والآن يعتمد أبناءهم. قد نفكر: لقد بذلت حياتك من أجل 50 أو 100 شخص. كان هذا زرع، والله يعزّيه ويجعله يعتمد أبناء الذين عمدهم أولاً. بكل بساطة، إن هؤلاء السكّان الأصليين في شمال تايلاند هم بالنسبة له غنى لعمل التبشير. لم يتخلّ عن ذاك الخروف، بل اهتم به.

إن أحد أجمل نقاط التبشير هي الإدراك أن الرسالة الموكلة إلى الكنيسة لا تقتصر على إعلان الإنجيل، إنما يجب أيضاً أن تتعلّم أن تؤمن به. فجميع الذين يعلنون الإنجيل، نعلنه أحياناً، ونحن في حالة تجربة، ولا تؤمن به! يجب أن تتعلّم أن تؤمن به وأن نسمح له بأن يغيّرنا؛ أي أن نعيش ونسير في ضوء الكلمة التي يجب أن نعلنها. من المفيد لنا أن نتذكّر بولس السادس العظيم: "الكنيسة القائمة بالبشارة تبدأ ببشارة ذاتها، وبوصفها بيعة المؤمنين وجماعة تحيا حياة الرجاء وتنشرها، وجماعة تعيش المحبة الأخوية، فإنها في حاجة إلى الإصغاء دوماً إلى ما ينبغي أن تؤمن به، وإلى دوافع رجائها، وإلى الوصية الجديدة التي هي المحبة" (إعلان الإنجيل، 15). وهكذا تدخل الكنيسة في ديناميكية التلمذة: التغيّر-المبشر؛ بعد أن نقّاها ربّها، تصبح دعوتها الشهادة. فكنيسة في مسيرة، لا خوف عندها من النزول إلى الشارع ومن مواجهة حياة الأشخاص الموكلة إليها، هي قادرة على أن تفتح بتواضع على الرب وأن تعيش معه الدهشة، دهشة المغامرة التبشيرية، دون تلك الحاجة، عن إدراك أو غير إدراك، إلى الرغبة في الظهور في المقام الأول، فتحتلّ أيّ مركز بارز أو تطالب به. كم علينا أن نتعلّم منكم: أنتم أقليّات في العديد من بلدانكم أو مناطقكم، وأحياناً أقليّات تعاني من التجاهل، والعوائق والاضطهاد، ولكن هذا ليس سبباً في أن تجرفكم أو "تلوثكم" عقدة النقص أو التذمر من عدم الاعتراف بكم! امضوا قدماً: أعلنوا وازرعوا وصلّوا وانتظروا. ولا تفقدوا الفرح!

أيها الإخوة، "متّحدين بيسوع، فلنبحث عما هو يريد، ولنحبّ ما هو يحبّ" (فرح الإنجيل، 267)، ولا نخاف من أن نجعل أولوياته أولوياتنا. أتمتعون جيداً ما هي الكنيسة الصغيرة عدداً وموارد، إنما غيرة وحريصة على أن تكون أداة حيّة للالتزام الربّ بجميع شعوبكم ومدنكم (را. نور الأمم، 1). إن التزامكم بالاستمرار بتلك الخصوبة الإنجيلية من خلال الكرازة عبر العمل والكلام في مختلف المناطق التي يوجد فيها المسيحيون، هو شهادة تترك بصمتها.

إن الكنيسة الإرسالية تدرك أن أفضل كلمة لها هي السماح للكلمة المحيية بأن تغيّرنا، جاعلة من الخدمة ميزتها الخاصة. لسنا نحن من نملك الرسالة، ولا حتى استراتيجياتنا. إنما الروح هو العنصر الأساسي الحقيقي الذي يدفعنا، نحن الخطاة المغفورين، ويرسلنا باستمرار للمشاركة بهذا الكنز الموضوع في آنية من خزف (را. 2 قور 4، 7)؛ فالروح يغيّرنا كي نغيّر كلّ مكان نوجد فيه. إن شهادة التفاني اليومي والصامت في كثير من الأحيان، سوف تحمل الثمار التي يحتاجها شعبكم.

وبدفعنا هذا الواقع إلى تنمية روحانية خاصة جداً. الراعي هو شخص يحبّ شعبه للغاية، قبل كل شيء، ويعرف خصوصياته، ونقاط ضعفه، وقوّته. والرسالة هي بالتأكيد حبّ عظيم ليسوع المسيح، لكنها في الوقت نفسه شغف بشعبه. عندما نقف أمام يسوع المصلوب، ندرك كلّ هذا الحبّ الذي يعيد إلينا كرامتنا ويعضدنا، وهناك بالتحديد، إذا لم نكن عديمي النظر، نبدأ في إدراك أن نظر يسوع هذا يتسع ويتّجه مملوءاً مودّة وحرارة نحو كلّ شعبه (را. الإرشاد الرسولي فرح الإنجيل، 268).

لنتذكّر أننا نحن أيضاً جزء من هذا الشعب؛ لسنا أسياده بل إننا جزء منه؛ لقد اخترنا كخدام، ليس كأرباب بيت أو أسياد. وهذا يعني أنه علينا أن نرافق الذين نخدمهم بصبر ولطف، فنصغي إليهم، ونراعي كرامتهم، ونشجّع مبادراتهم الرسولية ونقدّرهم دائماً. لا ننسى أن العديد من أراضيتكم قد حمل إليها البشارة أشخاص علمانيون. فلا ندخل روح الاكليريكية في الرسالة من فضلكم؛ ولا في العلمانيين؛ هؤلاء العلمانيون، أتيحت لهم إمكانية التكلّم بلهجة الشعب، وهي ممارسة بسيطة ومباشرة للثقافة، لا نظرياً أو أيديولوجياً، إنما ثمرة التوق للمشاركة بالمسيح. إن شعب الله المؤمن قد نال مسحة القدّوس ونحن مدعوون للاعتراف بها، وتقديرها ونشرها. لا نفقد هذه النعمة، نعمة رؤية الله يعمل وسط شعبه، فكما عمل في السابق، إنه يعمل الآن وسيواصل عمله. تعود إلى ذهني صورة لم تكن في البرنامج ولكن...: كان صموئيل الصغير يستيقظ ليلاً. لقد احترم الله الكاهن المسنّ، ذات الطبع الضعيف، وتركه لعمله، ولكنه لم يكلمه. بل كلّ صبيّاً من الشعب.

أدعوكم بشكل خاصّ، إلى أن تُبقوا أبوابكم مفتوحة دائماً لكهنتكم. الباب والقلب. لا ننسى أن أقرب أقرب للأسقف هو الكاهن. كونوا قريبين منهم، واستمعوا إليهم، واحرصوا على مرافقتهم في جميع الأوضاع التي يواجهونها، ولا سيما عندما ترونهم مُحِبّين أو غير مباليين، وهذا من أسوأ تجارب الشيطان. عدم المبالاة والإحباط. واصنعوا هذا لا كقضاة بل كأباء، لا كمدرّاء يستخدمونهم، بل حقّاً كأخوة أكبر سنّاً. اخلقوا مناخاً تغمره الثقة من أجل حوار جدّي، حوار مفتوح، وأنتم تسعون وتطلبون نعمة التحلّي بنفس الصبر الذي يظهره الربّ مع كلّ واحد منّا، والذي هو حقّاً عظيم، هو عظيم!

أيها الإخوة الأعزّاء: أعرف أن هناك العديد من الأسئلة التي يجب أن تواجهوها ضمن جماعاتكم، منها اليومية ومنها المستقبلية. لا ننسى أبداً أن الربّ، في هذا المستقبل، الذي غالباً ما يفتقر إلى اليقين ومليء بالأسئلة، هو نفسه الذي يأتي بقوة القيامة فيحوّل كلّ ضرر وكلّ جرح، إلى مصدر للحياة. دعونا ننظر إلى الغد موقنين أننا لسنا لوحداً، لا نسير لوحداً، لا نذهب لوحداً، فهو ينتظرنا هناك إذ يدعونا لنراه أولاً في كسر الخبز.

لنطلب شفاعة الطوباوي نيكولاس والكثير من القديسين الإرسالين، حتى تتجدّد شعوبنا بهذه المسحة نفسها.

نظراً لوجود العديد من أساقفة آسيا هنا اليوم، أعنتم هذه الفرصة لأعطي البركة وأبسط محبّتي لجميع جماعاتكم، وخاصةً للمرضى ولجميع الذين يجتازون أوقات صعبة. ليبارككم الربّ ويحفظكم ويرافقكم على الدوام. وأنتم، فليأخذكم بيدكم؛ ولتسمحوا أنتم أن ترشدكم يد الربّ، ولا تبحثوا عن يدٍ أخرى.

ومن فضلكم لا تنسوا أن تصلّوا وأن تطلبوا الصلاة من أجلي، لأن كلّ ما قلته لكم يجب أن أقوله لنفسِي. شكراً!

